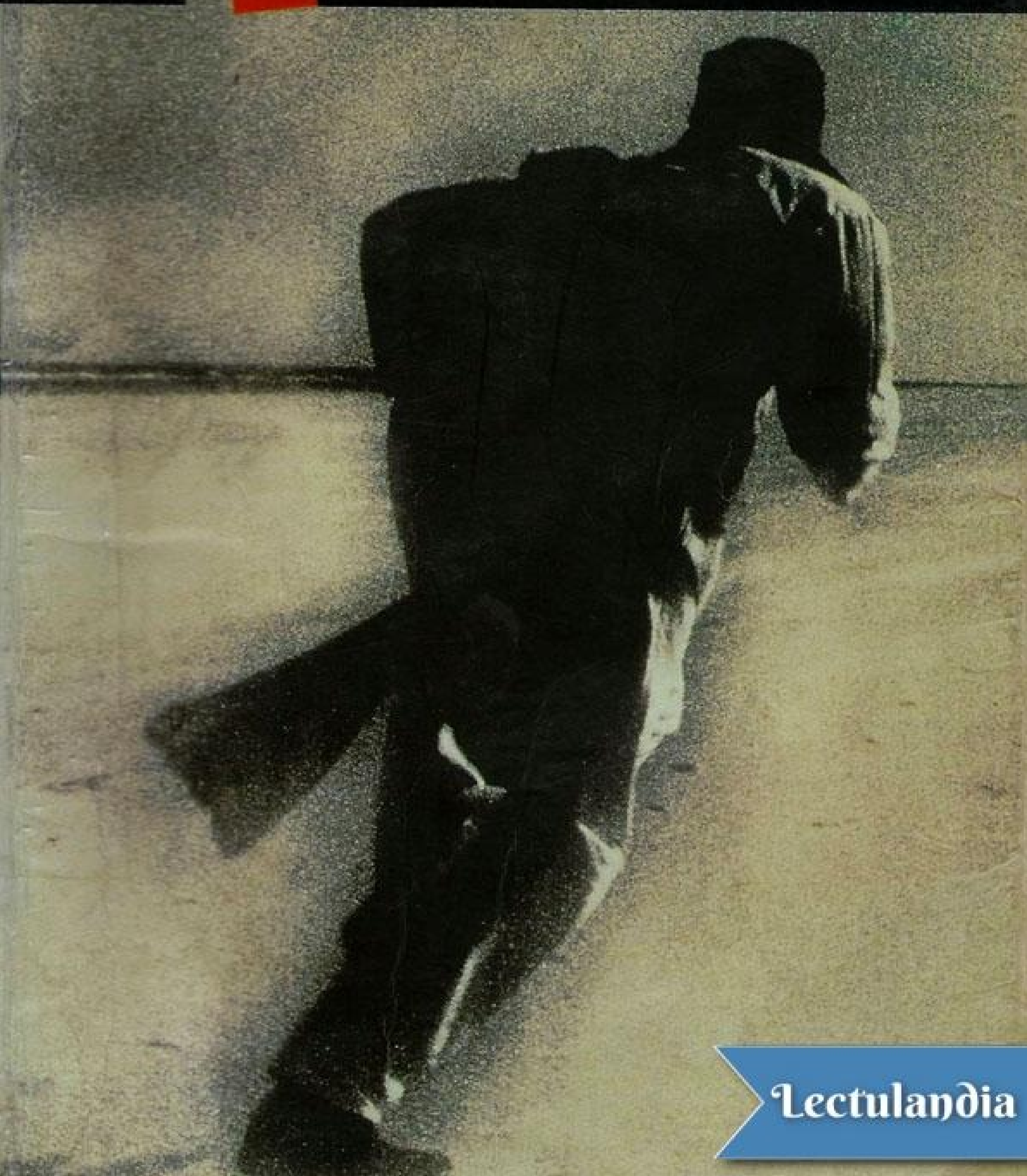
PABLO DE SANTIS

LA TRADUCCIÓN



Una ciudad fantasma de la costa argentina. Un lugar devastado, casi abstracto, donde mueren lobos marinos a causa de una misteriosa epidemia, y donde tienen lugar otras muertes más oscuras: todos los cadáveres cerca del agua, con una moneda de níquel fuera de circulación bajo la lengua. Como por una ironía del destino, los invitados al congreso sobre traducción en Puerto Esfinge se enfrentarán a la interpretación de estos signos, y verán convertidos en realidad sus sueños más inconfesados: el estudio y la pasión por el lenguaje puede tener consecuencias trágicas.

Miguel De Blast, traductor, casado, cuarenta años, detective y sospechoso a la vez, seguirá las únicas huellas posibles: Cuando uno está pendiente de una mujer, descuida el resto del mundo. Esa mujer es Ana, que ha llegado al congreso junto con Naum, un célebre lingüista. Quince años atrás De Blast amaba a Ana; quince años atrás, él y Naum eran colegas y rivales. Ahora el amor es la excusa perfecta para el odio.

Lectulandia

Pablo de Santis

La traducción

ePub r1.1
lenny 02.07.13

Título original: *La traducción*
Pablo de Santis, 1998
Diseño de portada: Mario Blanco

Editor digital: lenny
ePub base r1.0

PRIMERA PARTE

Hotel del Faro

Al recorrer con entusiasmo y credulidad la versión inglesa de cierto filósofo chino, di con este memorable pasaje: *A un condenado a muerte no le importa bordear un precipicio, porque ha renunciado a la vida*. En este punto el traductor colocó un asterisco y me advirtió que su interpretación era preferible a la de otro sinólogo rival que traducía de esta manera: *Los sirvientes destruyen las obras de arte para no tener que juzgar sus bellezas y sus defectos*. Entonces, como Paolo y Francesca, dejé de leer. Un misterioso escepticismo se había deslizado en mi alma.

J. L. BORGES

1

Tengo sobre mi escritorio un faro de cerámica. Me sirve como pisapapeles, pero es sobre todo una molestia. En el pie se lee *Recuerdo de Puerto Esfinge*. La superficie del faro está cubierta de estrías, porque ayer, al acomodar los originales de una traducción, el faro se cayó del escritorio. Con paciencia, uní los pedazos: quien haya intentado rearmar un jarrón roto, sabe que, por minucioso que sea su empeño, hay fragmentos que nunca aparecen.

Viajé a Puerto Esfinge hace cinco años, invitado a un congreso sobre traducción. Cuando llegó a mi casa el sobre con el membrete de la universidad, pensé que se trataba de algún papel atrasado. Continuamos recibiendo por años información de asociaciones o clubes a los que ya no pertenecemos, suscripciones de revistas canceladas, saludos de veterinarios dirigidos a un gato que se perdió un siglo atrás. Aunque uno se mude, la correspondencia atrasada lo alcanza; formamos parte de inmutables listas de correo, que no aceptan cambios de interés, de vivienda o de costumbres.

La carta de la universidad no era, sin embargo, correspondencia atrasada; me escribía Julio Kuhn para invitarme al congreso. Kuhn era director del Departamento de Lingüística de la Facultad. Habíamos estudiado juntos, pero yo había abandonado la carrera poco antes de recibirme. Sabía que Kuhn conseguía financiamiento de empresas privadas para su departamento a cambio de algunos servicios técnicos. En la carta explicaba que había pensado reunir en Puerto Esfinge durante cinco días a un grupo de gente variado, como para que no se convirtiera ni en una reunión de lingüistas ni de traductores profesionales. Me había elegido a mí como traductor de textos científicos.

Hacía mucho tiempo que no me cruzaba con ninguno de mis colegas. Estábamos dispersos, y de alguna manera ninguno de nosotros consideraba la traducción como un oficio definitivo, sino más bien como un desvío a partir de otras ocupaciones. Algunos habían querido ser escritores, y habían llegado a la traducción; otros enseñaban en la universidad, y habían llegado a la traducción. Sin darme cuenta, yo también había tomado ese desvío.

Mi trabajo no facilitaba, tampoco, la comunicación con mis colegas, porque pasaba por las editoriales sólo para retirar los originales. Me cruzaba con secretarias, con directores de colección, nunca con otros traductores. Recibíamos noticias unos de otros, pero eran noticias indirectas y en su mayor parte, de meses atrás. Cuatro años antes dos traductores que trabajaban juntos en una enciclopedia habían intentado reunirnos en una especie de colegio u organización gremial, pero no habían juntado más que a un puñado. Cuando esos pocos se reunieron, una noche, frente a un programa de discusión demasiado amplio, todos se pelearon con todos, y los

traductores volvieron a dispersarse.

En la carta Julio Kuhn mencionaba a los otros invitados. A unos pocos los conocía personalmente, a otros sólo de nombre. Había varios extranjeros. En la última línea estaba el nombre de Ana Despina. No había confirmado aún su participación, pero decidí confirmar la mía.

Los objetos que llevan inscripciones tales como *Recuerdo de*… rara vez son recuerdo de algo; el faro, en cambio, todavía me sigue enviando señales de advertencia.

2

Mi mujer, Elena, recibió con disimulada alegría la noticia de mi viaje. Durante unos días se vería libre de mis dolores de cabeza, mis monosílabos, mis paseos nocturnos por la casa. Las jaquecas, que sufría desde los quince años, se habían acentuado en los últimos meses. Los estudios no habían servido de nada; me habían recetado medicamentos que habían acabado con mi estómago pero no con el dolor. Estas jaquecas habían sido atribuidas sucesivamente a mi columna, a factores genéticos, a problemas en la vista, a la alimentación, a mi trabajo, al stress, a la ciudad, al mundo. Preferí volver a las aspirinas.

Elena es seis años más joven que yo; como si necesitara borrar la diferencia, asume un aire de autoridad y me da siempre consejos que simulo estar dispuesto a cumplir. Elena necesita darme esos consejos, pero sabe que no es imprescindible que los cumpla; basta con que mantengamos, de tanto en tanto, un diálogo así, en el que ella ejerce la mayoría de edad, la sensatez y el orden, cualidades en las que tampoco cree.

—No te encierres en el hotel. No te preocupes por la conferencia —dijo Elena mientras supervisaba el equipaje. Agregó una camisa blanca con rayitas azules y un par de zapatos de gamuza. Sacó la fotocopia de una traducción que tenía que revisar —: No te lleves trabajo para hacer.

Siempre empiezo yo a hacer la valija o el bolso, pero ella, acusándome de olvidadizo, ocupa mi lugar y termina la tarea con energía. Al ver el bolso cerrado, se quedó pensativa.

—Hace mucho que no viajamos a ninguna parte —dijo.

Era mentira. En los últimos seis meses habíamos hecho tres viajes. No la contradije, ya que la verdad era tan evidente para ella como para mí. Quería decir otra cosa: que quedaba fuera de este viaje, que los otros no importaban, porque éste era ahora, y ningún viaje pasado puede compararse con uno que está a punto de ocurrir.

—Vas a cumplir años lejos de mí —dijo.

Me había olvidado.

—Son solamente cuatro días. Cuando vuelvo, llamamos a los amigos y me hacés una torta con velitas.

—¿Conocés a los otros invitados? —preguntó.

Le hablé de Julio Kuhn, el anfitrión; recordé las conversaciones interminables en los cafés que estaban enfrente de la facultad. Recordaba las cosas que decían los demás pero, por suerte, no había registrado nada de lo que yo mismo decía, como si hubiera estado siempre callado frente a interlocutores ansiosos. Le hablé también de Naum, con el que había trabajado en una editorial, cuando teníamos veinte años. Elena, que no lee nunca novelas, sino solamente ensayos, conocía bien a Naum y se

interesó de inmediato al saber que él iba. Sentí un aguijonazo de envidia y celos; hacía tiempo que no pensaba en Naum, y me aturdió la sensación de no poder distanciarme, como si uno viera, al pasar por la calle, a un compañero de colegio, y quisiera golpearlo por alguna ofensa de tres décadas atrás.

Naum se llamaba Silvio Naum, y firmaba sus libros S. Naum, y yo lo había llamado siempre Naum a secas.

—¿Conocés a algunas de las mujeres que invitaron? —preguntó.

Miré la lista. Señalé un par de nombres. Le expliqué que apenas las conocía y que tenían muchos años.

Antes de irme a la cama preparé el dinero, el documento y los pasajes, porque no estoy acostumbrado a levantarme temprano y a la madrugada actúo como un zombi. Miramos en la televisión un fragmento indeterminado de una película —lejos del principio, que ya habíamos visto, y lejos del final, que también habíamos visto— y nos fuimos a la cama. Ninguno de los dos se durmió de inmediato; cada uno oía al otro moverse y girar en la danza silenciosa del insomnio. La cubrí con mi brazo y creo que se quedó dormida; yo no.

3

Viajé en avión hasta la capital de la provincia. El viaje duró algo más de dos horas. Leí el diario, completé el crucigrama y traté de poner en orden las notas que había hecho para la charla sobre Kabliz que tenía que dar.

Cuando aterrizamos, el viento barría con fuerza la pista. Habían servido un café y un sándwich en el avión, pero igual seguía teniendo hambre.

En el hall del aeropuerto unas pocas personas esperaban a los pasajeros de nuestro vuelo. Un hombre de campera amarilla sostenía un cartel que decía *Congreso sobre traducción* y siete pasajeros nos reunimos a su alrededor.

Antes de que pudiéramos hacer un ademán de saludo, el hombre de amarillo nos llevó hasta una combi gris, que tenía el parabrisas protegido por una malla de hierro. Una vez que subimos, leyó una lista con nuestros nombres y los fue tachando a medida que nos identificábamos. «¿Naum?» preguntó por último, y nadie respondió.

A mi lado viajaba una italiana de unos cincuenta años, delgada y elegante. Sacó un espejo de su cartera para ver si su peinado había sobrevivido al viento del sur. Se acomodó el pelo con la mano derecha, hasta que consideró que ya estaba en condiciones de presentarse. «Soy Rina Agri», me dijo, tendiéndome la mano. El gesto desató una ola de saludos y todos nos dimos la mano, y dijimos los nombres a la vez, y nadie recordó ninguno.

Cuando los saludos terminaron y la conversación volvió a fragmentarse, Rina Agri me preguntó qué traducía. Le hablé de los neurólogos rusos del círculo de Kabliz a los que había dedicado los últimos tres años. Como dos hablantes de distintas lenguas que buscan palabras que los dos entienden para empezar a hablar, rastreamos entre los otros invitados al congreso amigos comunes; me gustó que nombrara a Ana, porque al nombrarla la traía un poco más cerca de mí. También conocía bien a Naum.

—En los últimos años tuve que dedicarme a los best-sellers americanos, pero trato de no perder la curiosidad —dijo—. Todavía me escribo con algunas personas, con las que estamos preparando una *Historia de la Traducción en Occidente*. Así conocí a Ana y a Naum.

Hacía diez años que yo no veía a ninguno de los dos. Durante toda mi vida me he hecho amigo de gente que por uno u otro motivo se ha ido al extranjero: con quienes se quedaron, no tengo nada en común, ni tampoco con quienes se fueron. Me siento un extranjero por omisión.

Los otros pasajeros comentaban el paisaje, es decir, el no-paisaje. A los costados del camino no había nada; ni una sola construcción en ochenta kilómetros. La vegetación, baja y espinosa, se extendía sin límite.

La conversación languideció en mitad del viaje, y volvió a animarse cuando el

camino empezó a bordear la costa. El chofer no decía nada, conducía mudo, y cuando alguno le hacía alguna pregunta respondía con monosílabos.

—¿Estuvo alguna vez en Puerto Esfinge? —me preguntó Rina.

—Nunca —dije—. No sabía que existía.

Sacó de la cartera un plano y lo desplegó con alguna dificultad. Los mapas son una versión abstracta del paisaje; pero en aquel viaje las cosas ocurrían al revés, y el paisaje era una versión abstracta del mapa. Me señaló un punto junto al mar. Busqué el nombre del pueblo, pero no lo encontré.

Un cartel verde anunció que habíamos entrado a Puerto Esfinge. Pasamos primero junto a un cementerio con rejas de hierro, encerrado entre paredes grises, y luego junto a un faro que parecía abandonado. Lo rodeaba un alambrado que en un sector se había derrumbado sobre el pasto.

El viento sacudía la combi. El mar, gris y picado, había levantado en la playa una franja de algas muertas, que en algunos puntos tomaba la consistencia de un largo muro de podredumbre.

Oí la voz de un francés en el fondo que preguntaba por las palmeras, por el sol, por las playas de arena blanca que le habían prometido.

La combi se detuvo frente al hotel. A un kilómetro y medio de distancia, empezaban las primeras casas, que se extendían por la bahía.

El hotel era totalmente desproporcionado en comparación con Puerto Esfinge. Era el centro de un gran complejo turístico que no había llegado a existir. Estaba construido en dos cuerpos que se abrían en ángulo sobre la costa. Una mitad estaba terminada y empezaba a decaer; la otra mitad no tenía puertas, ni ventanas ni mampostería. Un cartel inmenso anunciaba la continuación de las obras, pero no se veían maquinarias ni obreros ni materiales de construcción. Sobre la entrada, leí en letras plateadas HOTEL INTERNACIONAL DEL FARO; arriba colgaban unas banderitas deshilachadas y descoloridas.

Bajamos de la combi y estiramos las piernas. Me desperecé y bostecé de cara al mar, en una especie de saludo a la naturaleza; pero el aire frío me provocó un ataque de tos.

—¿Qué mitad de hotel nos tocará? —preguntó la italiana.

Más tarde, mientras llevaba mi pequeña valija por los pasillos, me daría cuenta de que los accesos al otro cuerpo estaban clausurados por puertas cerradas con llave o tablones clavados en las paredes, y carteles de advertencia, para que nadie cruzara al hotel de los escombros, los cuartos helados y los nidos de gaviotas.

4

Julio Kuhn nos recibió en el hall del hotel. Medía casi dos metros y vestía como un escalador. Sus borceguíes resonaban en el salón con una seguridad que sus gestos desmentían: hasta que todos hubiéramos llegado, no iba a estar tranquilo. Me saludó con un abrazo y dijimos las cosas de siempre: que estábamos iguales, que tendríamos que vernos más a menudo. Nombró a algunos conocidos comunes, para ver si tenía noticias más recientes que las suyas; no me atreví a confesar que no sabía de quiénes hablaba. Kuhn era un organizador nato; no muy brillante en su especialidad, pero capaz de ordenar las dispersas y confusas mentes de quienes lo rodeaban. La primera regla de un organizador es recordar a todo el mundo, y Kuhn no dejaba que ninguna cara, ningún nombre se disolviera.

Me tendió el folleto del congreso. Una mano temblorosa había dibujado a pluma el faro de Puerto Esfinge.

El viento golpeaba los ventanales. Kuhn miraba satisfecho el hotel.

—¿Por qué elegiste este lugar? —le pregunté.

—Mi primo es uno de los socios del hotel. Me hace un precio especial; de otra manera, con los fondos que tengo, no podría haber invitado ni a la mitad de la gente. Lo compraron hace dos años, después de que la empresa original quebrara. Ahora hay poco turismo, estamos fuera de temporada. Pero el mismo grupo que lo compró pronto va a inaugurar un casino.

—¿Quién va a viajar tantos kilómetros para jugar a la ruleta?

—Está todo pensado. Se arman chárters con jugadores. No se les cobra el hotel, solamente las comidas. Los jugadores no cuentan con ninguna otra distracción, por lo tanto se van a encerrar en el casino hasta perder el último centavo. Lástima que mi primo no me acepta como socio.

Busqué en el hall señales del resto de los invitados.

—¿Y los demás? —pregunté.

—En dos horas llega otro contingente. El resto, mañana.

—¿Viene Ana Despina?

—Pronto va a estar aquí.

Kuhn no me miró al responder. Siempre fue discreto. De joven, podía interrogarlo a uno durante horas con un detallismo exasperante acerca de posiciones políticas, pero jamás hablaba de mujeres, a menos que uno sacara el tema. Los sentimientos humanos lo incomodaban; Kuhn se había casado muy joven, pero nunca mencionaba a su mujer. No sé qué era el amor para Kuhn, pero nunca fue un tema de conversación.

El conserje del hotel anotaba con lentitud los nombres de los pasajeros en el libro de registros. Había repartido fichas para completar. Escribí mis datos: Miguel De

Blast, casado, edad… En un día más cumpliría 40 años. No quise adelantarme y puse 39.

Me dieron la llave del cuarto 315. En la habitación me propuse ordenar un poco lo que tendría que decir al día siguiente. Mientras el conferenciante que había en mí exponía sus ideas, el auditorio que me habitaba se quedaba dormido.

Desperté con hambre. En el hall del hotel había caras nuevas. Kuhn, sentado en un sillón, hablaba con un hombre de unos setenta años. Yo había visto en alguna parte esa barba blanca, esa boina ladeada, y, sobre todo, los anillos de piedra y metal que cubrían los dedos de su mano izquierda, con forma de ojo, de media luna, de avispa…

—Valner, le presento a mi amigo Miguel De Blast. Hace años que traduce a los neurólogos del círculo de Kabliz.

—De Blast —dijo Valner, como si mi nombre le sonara—. Usted tradujo también a Nemboru.

Casi había olvidado ese trabajo. Siete años atrás, después de esperar durante meses el encargo de alguna traducción decente, había respondido al llamado de una editorial especializada en textos esotéricos. Había subido los cuatro pisos de un edificio cercano al mercado del Abasto para recibir el original de *El mundo perdido de la alquimia*, de Kristoff Nemboru, un ruso que vivía en París pero que seguía escribiendo en su lengua natal.

—Ese libro me sirvió mucho en mis investigaciones. No tanto por lo que dice, como por lo que no dice. Nemboru sabe que no todas las verdades pueden ser publicadas; para entenderlo hay que saber leer las alusiones, los vacíos.

Entonces recordé quién era Valner, no por su cara ni por sus anillos sino por su voz. La voz de quien está en posesión de una verdad que los demás ignoran, la música de la convicción. Tenía un programa de radio donde hablaba de los OVNIs, el cumplimiento de profecías, el más allá, la conexión Egipto-Marte. Durante años Valner había firmado traducciones llenas de erratas de las profecías de Nostradamus, los libros de Allan Kardek, manuales de teosofía y versiones resumidas de las obras que integran el corpus hermético. En algún momento había sido un apologista del esperanto, pero se había convertido en su detractor por temor a que la lengua artificial triunfara en el mundo y ya no tuviera ningún valor el ser un iniciado.

Le pregunté a Kuhn por el programa del día.

—Voy a abrir yo, para darle la bienvenida a todos. Después empieza Naum con la primera ponencia y sigue Valner, que mañana se tiene que ir. ¿Cuál es el tema de su ponencia, Valner?

—Voy a hablar de la lengua enoquiana que los ángeles le transmitieron a John Dee. Estoy escribiendo su biografía.

Yo había traducido *El mundo perdido de la alquimia*, pero traducir es olvidar. Vagamente recordaba al mago inglés, inventor de lenguajes cifrados, de telescopios, de armas secretas. A través de una piedra negra pulida como un espejo hablaba con los ángeles. Se entendía mejor con las criaturas de otro mundo que con sus contemporáneos; acusado de brujería, una turba lo quiso linchar, y destruyó su biblioteca. Alguien había escrito que Shakespeare lo había tomado como modelo para su Próspero.

—Pedí por escrito un permiso al Museo Británico para que me dejen ver la piedra negra, pero la tienen bien guardada. Si me dan el permiso, voy a viajar en invierno para verla.

—¿No está a la vista?

—No. Varias veces trataron de robarla, y por eso la esconden. La noticia no apareció en los diarios.

—¿Por qué no?

—Las autoridades del museo no quieren que se hable de la piedra. Ellos mismos, a través de publicaciones que llaman «especializadas», hicieron lo posible por difundir la fama de farsante de John Dee. Pero si realmente hubiera sido un farsante, no se preocuparían tanto por la piedra. Es el único objeto mágico que le queda al mundo y no dejan que nadie lo vea. Yo pedí varias veces permiso, y siempre me lo negaron. Esta vez tengo más esperanzas, porque cambió la conducción del museo. Acaban de dar a conocer un nuevo catálogo con libros herméticos cuya posesión nunca antes habían reconocido.

Valner reconoció a alguien y se alejó bruscamente.

—¿Por qué lo invitaste? —le pregunté a Kuhn—. Ni siquiera traducía los libros que firmaba. Copiaba, y mal, traducciones ajenas.

—Necesitaba a alguien que hablara de esas lenguas inventadas, perdidas, artificiales. ¿Qué culpa tengo yo si la gente seria no se ocupa de esas cosas?

—Vamos, Kuhn. ¿Fue para darle al congreso un poco de publicidad?

—En realidad no tuve otro remedio. Alguien me presionó para que lo incluyera.

—¿Quién fue? ¿La presidenta de esa misteriosa fundación que te financia mientras evade impuestos?

—No imaginarías quién.

Eran las cinco de la tarde. Tomé en el bar un Fernet con Coca-Cola y salí del hotel.

El viento me disuadió de llevar mi caminata más allá de un derruido muelle de piedra. De las algas en descomposición llegaba un olor fuerte, dulzón; en el tejido quedaban atrapados restos de la ciudad y del mar: paquetes de cigarrillos, cangrejos, líneas de pesca, latas de cerveza. Cerca del muelle, dos chicos tocaban con la punta

de una rama un bulto tendido en la arena. Al acercarme vi que era un lobo marino.

Del libro de Nemboru —que traduje con innecesario rigor— había aprendido que los símbolos nos acechan en, entre o detrás de las cosas, y que no hay lugar donde posar la vista —ni siquiera ochenta kilómetros de desierto— donde no haya Señal, Letra o Mensaje. Me acerqué al animal muerto. Los chicos, aburridos o asustados, se alejaron. Quizás también ellos habían descubierto en el cuerpo la forma de una Inicial.

5

Releo lo que acabo de escribir y descubro algunas innecesarias mayúsculas; es una revancha por todas las veces que escriben mi apellido —De Blast— con minúscula. En el libro del hotel leí «de Vlast» mientras buscaba a Ana Despina entre los nombres escritos con letra ilegible. Antes de que lo encontrara apareció el conserje y me sacó el libro de las manos. Tuve que preguntarle; con aire de suficiencia demoró la respuesta y al final informó: cuarto 207.

Durante un instante pensé en preguntar si había venido sola, pero hubiera sido humillante. Llamé desde la cabina del hall. Estábamos a dos pisos de distancia; se oía como si estuviéramos del otro lado del mundo.

—¿Ana?

—¿Quién es?

—Miguel.

Cuando pasan cinco años hay que agregar el apellido; cuando pasan diez, algún recuerdo común, o señas particulares. Todavía no se habían cumplido los diez años.

—Vení —dijo, como si nos hubiéramos despedido la noche anterior.

Subí a los saltos la escalera y llegué jadeando. Me esperaba con la puerta abierta, un vestido amarillo y el pelo mojado.

La abracé. Hay una sensación llamada *déjà vu*; hay otra, menos frecuente o más escondida, que llaman *jamáis vu*: sentir que algo cotidiano es nuevo, que nunca antes se ha conocido esa experiencia. Las dos se entremezclaron en ese instante.

Me tomó la mano izquierda.

—Estás casado.

—Desde hace cinco años.

—¿Alguien que conozca?

—No. Se llama Elena.

—¿Dónde la conociste?

—En una editorial. Le habían encargado la misión de llamarme todos los días para reclamarme por una traducción que tenía que entregar. Me despertaba a las nueve con un llamado de ella. En la editorial creían en mí, pero Elena, que era nueva, sospechaba que la traducción no existía, que yo estaba mintiendo y no había escrito una sola línea. Eso creó una tensión entre nosotros que terminó en matrimonio.

Ana me contó que había estado casada con un ingeniero canadiense, que había cambiado seis veces de país en los últimos años, que estaba buscando algún lugar para quedarse, pero no sabía dónde.

—A veces camino por la calle de una ciudad cualquiera, y me imagino que veo una ventana, y a través de la ventana un cuarto, y algo me dice: ése es el lugar. No tiene nada de especial, pero me hace una señal a lo lejos.

Había vaciado la valija sobre la cama para ordenar la ropa en los estantes del ropero. Ni siquiera Ana podía escapar de la compulsión femenina de dar a un cuarto de hotel la apariencia de un hogar.

—No sabía que venías —dijo—. Hasta estuve a punto de cancelar el viaje. A lo largo del tiempo, tuve noticias indirectas de casi todo el mundo. Menos de vos. Sos el hombre invisible.

Me preguntó qué había hecho en los últimos años. Enumeré mudanzas, trabajos, algún pormenor de mi matrimonio. Pero no aparecía entre nosotros la verdadera conversación, la complicidad de los que se conocen bien desde hace años, ni la otra complicidad, la tranquilidad de ser desconocidos. Juntábamos palabras con una incomodidad creciente. Tenía muchas cosas para decirle y no dije ninguna. Ana entró al baño y enchufó el secador de pelo. Me dijo algo; el ruido borraba sus palabras y las mías, y nos salvaba de esa conversación imprudente.

—Te espero abajo —grité, y ella dijo que sí con la cabeza. Apenas salí de la habitación, apagó el secador.

En el bar me senté a la mesa de dos traductores uruguayos. Al más viejo, Vázquez, lo había cruzado en alguna editorial, al otro, joven y vestido con una formalidad innecesaria, no lo conocía. Vázquez había traducido novelas policiales para las colecciones Rastros y Cobalto. El otro lo escuchaba con esa veneración que despiertan quienes saben resumir el pasado, siempre desprolijo, en un puñado de límpidas anécdotas.

—Le estaba contando al colega que una vez se me perdió el original de una novelita de gángsters, *Una lagartija en la noche*. La dejé olvidada en un banco del hipódromo. ¿Me creerían si les dijera que nunca iba a jugar, sino a mirar a los caballos? —El joven, Islas, sonrió—. Lo llamo al editor, me dice que no tiene otra copia, y que en dos días necesita la traducción. «¿Qué dibujo lleva la tapa?», pregunto. «Un enmascarado le clava un puñal a una pelirroja. La empuñadura tiene forma de lagartija». «¿Dice la contratapa dónde transcurre la acción?» «En Nueva York». Pasé toda la noche traduciendo el original perdido. No estuvo mal la lagartija; tuvo tres ediciones.

Contó varias anécdotas más —trabajos para editoriales clandestinas, estafas en la compra de derechos de escritores extranjeros, erratas del traductor consideradas luego como genialidades del autor— pero yo, si bien asentía y sonreía de vez en cuando, no podía prestarle atención. Cuando uno está pendiente de una mujer, descuida el resto del mundo.

—¿Qué pasa, De Blast, que mirás preocupado? Venimos a descansar, no a sufrir.

—Dolor de cabeza —mentí.

—Es la neurosis del traductor. El noventa por ciento de los traductores sufrimos

jaqueca —se dirigió al otro—. De Blast es traductor de ruso. Y de francés también, pero eso no es ningún mérito: hay traductores de francés a patadas.

—¿Y cómo se le ocurrió aprender ruso? —preguntó Islas.

Vázquez simuló hablarle en secreto.

—Cuando tenía quince años empezó a soñar con páginas de libros escritos en una lengua desconocida. Después descubrió que eran caracteres cirílicos y se puso a estudiar ruso. Pero no pudo saber qué decían, porque dejó de soñar.

Islas sonrió incómodo, sin saber si creer o no.

—De Blast es un traductor serio, vive encerrado en su casa, con la computadora encendida. No es como yo, que traduzco en bares, frente a un Gancia con ingredientes. Antes llevaba la máquina de escribir a un bar que había cerca de mi casa, en el centro, y me instalaba en una mesa por horas. El dueño se quejaba por el ruido, pero no se animaba a echarme, porque ya era una curiosidad local, una especie de número vivo. Un día me di cuenta de que la gente a mi alrededor actuaba de un modo extraño, como extras tratando de robar cámara. El dueño me confesó que les había dicho a sus clientes que yo era un novelista y que escribía todo lo que pasaba a mi alrededor. Y ellos se esforzaban por darme detalles, y por hablar con riqueza de vocabulario, como hablan los personajes de los malos escritores.

Kuhn se me acercó y me llamó aparte.

—Tenés que salvarme. Naum tuvo un problema con el vuelo y llega mañana. No tengo a nadie que hable hoy.

—¿Y Valner?

—Está encerrado en una comisión. Además no quiero abrir el congreso con él.

—No estoy preparado, siempre dejo todo para último momento. ¿Y los demás?

—Apenas los conozco. Nosotros, en cambio, somos amigos. A vos puedo pedirte el favor.

La cara de Kuhn, allá en las alturas, me movió a la piedad. Acepté, irresponsable. Fui hasta mi habitación a buscar el cuaderno escolar donde había hecho algunas anotaciones que ahora me parecían incomprensibles. Había nombres, palabras escritas por la mitad, dibujos. Sabía que en el momento de hablar, aquello recuperaría parte de su significado; el miedo, cuando no nos enmudece del todo, es buen apuntador.

6

En la puerta de mi habitación me esperaba Kuhn como si tuviera miedo de que me escapara.

—¿Listo? —Miró con desconfianza mis papeles borroneados—. ¿Para cuánto tenés?

—No sé.

—¿No te cronometrás?

—Soy un aficionado.

—¿Y si queda corto?

—Pido una guitarra.

Me escoltó hasta el salón del hotel donde se iniciaría el congreso.

El arquitecto de aquel monumento interrumpido había previsto tres salones para cincuenta, cien y doscientas personas. Al más pequeño lo había titulado República, al segundo Príncipe y al tercero Imperio, en escala monarquizante. Éramos pocos, pero éramos los únicos: nos tocó el vacío del salón Imperio.

La mesa estaba cubierta por un paño negro; en el fondo había una pizarra de plástico para trazar diagramas, según la difundida creencia de que los gráficos hacen más simples las cosas. A los costados del salón había fotos del pueblo a principios de siglo: playas desoladas, un silo, un grupo de indios que parecían de piedra, una pequeña estación destinada a recibir el cargamento de sal desde Salina Negra.

Me senté en primera fila mientras Kuhn ocupaba el estrado. Kuhn abrió el congreso con un agradecimiento a los invitados, al hotel, a la fundación que lo financiaba. Hablaba como si el mundo entero estuviera pendiente del congreso, y mientras uno lo oía, lo creía.

Después me tocó a mí. Había elegido como introducción a los problemas específicos de mi trabajo, uno de los primeros escritos de Kabliz, el artículo *El eco de la traducción*. Como muchos de sus escritos, había sido censurado en su época y sólo se había dado a conocer cuando se exhumaron sus archivos.

En la década del cincuenta Kabliz había recibido como paciente a una especialista en traducción simultánea. Su problema había comenzado cuando, en medio de una conferencia, había perdido completamente el hilo de lo que hablaba un diplomático francés. A partir de ese momento, cada vez que oía una palabra no podía evitar traducirla. La mujer llamaba «el eco» a esa voz que le impedía pensar en un solo idioma. Aun en sueños, cada palabra iba acompañada de sus equivalentes. Pero a la vez el eco le daba varias posibilidades, no era uniforme, la obligaba a buscar, a decidir, en una nebulosa de sinónimos y paráfrasis. Para buscar una cura, Kabliz consultó a un ingeniero que preparaba en un laboratorio de la universidad de Moscú una máquina para traducir; una especie de primitiva computadora que funcionaba con

válvulas y que sólo aceptaba mensajes literales, una versión modernizada de las máquinas que se habían usado durante la guerra para cifrar y descifrar mensajes secretos. El cerebro de mi paciente es una máquina de traducir descontrolada —le dijo—, ¿cómo hacer para que deje de traducir? ¿Cómo detendría usted su máquina, sin desconectarla? El ingeniero pensó el problema durante una semana. Y luego lo llamó. Convencería a mi máquina de que hay un solo lenguaje verdadero, respondió. ¿Y cómo puedo hacer eso?, preguntó Kabliz. El ingeniero respondió: hay que viajar en el tiempo. Hay que volver al sujeto a la época en que las cosas y las palabras coincidían, cuando había un solo modo de decir todo, cuando aún no había sido demolida la torre de Babel. Kabliz creyó entender el consejo del ingeniero; utilizó drogas regresivas y sesiones de hipnosis para devolver a la mujer a la infancia. La traductora recuperó el momento de la palabra única y del lenguaje verdadero. El eco desapareció.

Todos los traductores sabíamos, en mayor o menor medida, qué era ese eco; todos temíamos que nuestra obsesión lo despertara y no poder hacerlo callar jamás.

Al terminar oí los aplausos entusiastas. No me engañaba: agradecían mi brevedad.

Una mano se levantó en el fondo. En toda mesa redonda o conferencia, no importa el tema, hay un personaje fijo: aquel que con la excusa de hacer una pregunta dicta su propia conferencia. Esta vez el rol había recaído con justicia en Valner.

Comenzó a preguntarme si yo sabía que la lengua enoquiana trasmitida a John Dee por criaturas celestes había sido utilizada por un tal Grimes como lengua base de una máquina de traducir. Iba a responder que no sabía nada, pero ni eso me dejó decir.

—La máquina traducía el inglés a la lengua enoquiana y de ahí al francés. La máquina estaba compuesta por rodillos dentados, el mismo sistema de las cajas de música.

—Una máquina de traducir es siempre una caja de música y eso es lo que produce: música dodecafónica —lo interrumpí, malhumorado.

Pero al viejo Valner no le importó mi burla y siguió hablando. Levanté la voz para proponerle que ocupara mi lugar y abandoné la sala. Un pequeño grupo, en muda solidaridad, me acompañó. Eran los Tímidos Anónimos, poco afectos a demostrar verbalmente su disconformidad, pero acostumbrados a las represalias silenciosas.

Sentí los primeros síntomas del dolor de cabeza: me lagrimeaban los ojos, me molestaba la luz. Subí a mi habitación a tomar dos cafiaspirinas, que casi instantáneamente me produjeron acidez. Había traducido un libro sobre la jaqueca —*La cabeza de la Gorgona*— cuyo autor, Kabliz, después de analizar cientos de casos, llegaba a la conclusión de que no había una cura común: las jaquecas no compartían un lenguaje universal. Kabliz, era fácil descubrirlo, amaba el dolor de cabeza: en el fondo lo consideraba un signo de salud, la señal del neurótico en un

mundo donde los psicóticos van en aumento.

Por las rendijas entraba una luz insignificante pero intolerable; metí la cabeza bajo la almohada y dejé que el sueño negociara con el dolor.

7

Desperté con náuseas y las rodillas flojas. Puse las muñecas debajo del chorro de agua fría. El tatuaje del dolor de cabeza —las venas de las sienes— empezaba a desvanecerse. Decidí volver al mundo de los vivos.

En el hall me asaltó una chica de cabeza casi rapada. Sostenía, amenazante, una birome y un anotador con espiral.

—Trabajo para el diario *El Día*. Tengo que hacer el resumen de cada jornada. Anoté todo lo que usted dijo, pero tengo algunas lagunas.

Me mostró una página llena de frases sueltas y nombres propios mal escritos. Imaginé el resultado final, y un sudor frío me corrió por la espalda.

—No sé cómo se escriben los apellidos. ¿Puedo ir preguntándole uno por uno?

Nos sentamos en una mesa del bar. En pocos minutos terminé con los nombres; con un poco de vanidad, quise saber lo que había entendido. En el fondo no estaba tan mal. Redondeé dos o tres frases y le pregunté qué quería tomar. Pidió un jugo de naranja.

Miré por la ventana la costanera desierta; una mujer empujaba un carrito de bebé por el boulevard.

—Vida tranquila —dije. Los momentos de silencio siempre me llevan a caer en la tentación del lugar común.

—Es lo que piensan todos los que vienen de afuera. Dan una mirada, ven el mar, las gaviotas y los elefantes marinos. Pero adentro de las casas, ¿qué saben? Tenemos el récord de suicidios y psicosis. Dicen que es por el síndrome de los cuadros sin colgar.

—¿Qué tienen que ver los cuadros?

—La gente llega y se va. Buscan oportunidades cada año en un sitio distinto. El puerto despierta y se duerme cada dos o tres años. Los que llegan no cuelgan nada en las paredes porque siempre están por irse.

Le pregunté cómo se llamaba: Ximena. Estuve a punto de decirle que las chicas de veintipico siempre se llaman Roxana, Yanina, Ximena. Nombres con equis y con y griega, para aprovechar el abecedario hasta el final.

Las ventanas se sacudieron. Los árboles —unos alerces con poco follaje— crecían torcidos, las copas inclinadas hacia el nordeste.

—Otros le echan la culpa al viento. Zumba y zumba y uno termina oyendo palabras. El director del museo decía que las ráfagas le trasmitían mensajes en morse. Las grababa y después se encerraba en el piso de arriba del museo a descifrarlas —terminó su jugo de naranja de un largo trago—. ¿Cómo se llama el que lo interrumpía? Tengo que hablar con él.

Se fue en busca de Valner. Me dio cierta nostalgia que se levantara de la mesa. Un

día en medio de un viaje es como una vida en miniatura: encuentros, abandonos, despedidas. En la vida real, uno tarda años en hacerse amigo de alguien; en los viajes basta una conversación de unos pocos minutos.

Cuando estaba por dejar la mesa, apareció Ana. Vestía una gigantesca campera verde. Pensé con celos que la había heredado de algún hombre.

—¿Te acordás de esta campera? Espero que no la reclames.

Se sentó y pidió un café.

—Estabas nervioso cuando hablabas frente al público.

—¿Se notaba?

—Jugabas con tu alianza.

Esperé algún elogio que no llegó. No importaba: ya me vengaría cuando ella hablase.

—Vamos a caminar —dijo Ana—. Antes que se aparezca Kuhn con alguna actividad social o deportiva.

Fui a buscar mi montgomery de corderoy, que había pertenecido a mi padre y que tenía más de treinta años. Hacía tiempo que necesitaba una campera nueva, pero no me decidía. Soy muy poco afecto a los cambios; cuando me regalan camisas nuevas permanecen durante meses en el ropero, con sus alfileres clavados.

Caminamos por la costa, con el viento en contra. Ana se negaba a pisar las algas.

—Nunca me gustaron. Cuando me metía en el mar y me tocaban me daban asco. Parecen telarañas.

Le recordé que una vez, cuando nadábamos juntos, la rozaron los filamentos de un agua viva.

—Me curaste frotándome la pierna con una planta. ¿Cómo se llamaba?

—Inventé un nombre cualquiera. Me pedías que hiciera algo e hice lo primero que se me ocurrió, para tranquilizarte.

—Me engañaste y me vengo a enterar tantos años después.

Le pregunté qué había hecho en los últimos años. Me respondió con la calidez de un currículum: universidades, becas, publicaciones…

Pasé el brazo sobre sus hombros. Si no hubiera llevado aquella campera tan gruesa, que la separaba del mundo, hubiera sido un gesto de intimidad.

—Qué cansancio —le dije—. Tantos viajes, casas nuevas, amigos nuevos…

—¿Qué tiene de malo?

—Por eso nos separamos.

—¿Por eso?

—Alguien se fue y alguien se quedó. En el medio, el mar.

—Ni siquiera me gusta viajar. Tengo miedo a los aviones. Odio los lugares nuevos. Pero me despierto con la sensación de que algo está pasando en otra parte, y

tengo que ir, y después a otra, y a otra.

La explicación me llegaba con diez años de atraso. No importaba; tampoco en su momento me hubiera servido de consuelo.

Delante de nosotros había dos sombras. No había luz suficiente para verles las caras. El faro parecía echar oscuridad a su alrededor. Cuando nos acercamos, reconocí a un francés y a la traductora de un diario de Buenos Aires. Estaban a dos metros de un lobo marino muerto. No era el mismo que yo había visto: era más grande y estaba más lejos del hotel. Tenían caras de asco, pero no abandonaban su puesto de observación.

—Me dijeron que había una epidemia —dijo el francés, Schreber. Kuhn me había hablado de él; se ocupaba de programas de traducción técnica.

—Vi otro más allá.

—No parece un animal. Parece una roca. Una roca con inscripciones.

Miré la piel gris, marcada por líneas, grumos, manchas que parecían formar signos irregulares.

Ana se apretó contra mí con tanta fuerza que sólo nos separó medio metro de ropa. A Ana le asustaban las cosas muertas en la oscuridad, las algas, los hospitales y los aviones. Por eso evitaba todas esas cosas, excepto a los aviones.

A pesar del lobo marino que se pudría a mis pies, sentí hambre, quizás a causa del aire de mar, al que siempre se le ha atribuido, sin prueba alguna, la facultad de despertar el apetito.

Miré el reloj.

—Nueve menos cuarto. Pronto van a servir la cena.

—Hace frío. Volvamos al hotel —pidió Ana.

Schreber tiró una piedra al agua. Se la tragó la oscuridad antes que el mar. Nos alejamos del francés y de la mujer.

El faro estaba apagado, no había luces en el camino, no había autos; el hotel, iluminado, parecía el único sitio habitado.

Antes de que llegáramos al hotel detuve a Ana tomándola del brazo, acerqué mi cara y la besé. Aceptó el beso, pero después dijo:

—Eso no es nada. Es una postal que uno le manda a alguien que está lejos y que va a seguir estando lejos.

Ahora no es ahora, pensé: ahora es diez años atrás. Hay una máquina del tiempo hecha con arena, algas muertas, ráfagas de viento. Aún faltan cinco años para que conozca a Elena, entre los libros apilados de una editorial. Ahora es diez años atrás, y me toca perder a Ana.

Ella me guiaba hacia el hotel, porque yo no miraba a ninguna parte. La máquina del tiempo había iniciado su lento regreso: pronto estaría en el presente, ese sitio donde los demás no saben nada de uno.

8

Caminamos en silencio. Sin darme cuenta, había acelerado el paso, dejando atrás a Ana.

—¿Por qué hay gente allá arriba? —me preguntó.

Levanté la cabeza, miré hacia la mitad oscura del hotel. En el último piso se veían luces en movimiento.

Cuando entramos en el hall los indicios de la tensión se mezclaron sin dar tiempo a hacer preguntas: el chofer de la combi salió del hotel con tanta brusquedad que casi me atropella, un grupo de traductores rodeó a Ximena mientras le daban algo de beber, el conserje hablaba nervioso por teléfono:

—¿Club Senda? ¿Está el comisario por ahí? Dígale que es urgente, que venga al Hotel del Faro…

Me crucé con Islas, que caminaba ausente, como un invitado en una reunión en la que no conoce a nadie, y le pregunté por qué había tanta agitación.

—La chica del diario se descompuso —contestó con timidez, como si se sintiera indigno de responder sobre un asunto por completo ajeno—. Pasó algo arriba.

Subí en el ascensor hasta el quinto piso. Los cuartos de esa zona estaban deshabitados; algunos servían de depósito. La puerta que comunicaba con el otro cuerpo del edificio estaba abierta. Del otro lado había un grupo de gente con linternas. Estaban todos silenciosos, alrededor de la pileta de natación. Como las linternas alumbraban hacia abajo, no se veían bien las caras. Reconocí sólo a Kuhn, una cabeza por encima de los demás.

La pileta, como el piso, era de cemento sin revestir. Quedaba a la intemperie, porque sobre ella no había más que una estructura de hierro a la que le faltaban los vidrios. Las lluvias habían llenado de agua la parte más profunda de la piscina. Los haces de las linternas se detenían unos instantes en el fondo y erraban, después, por el techo sin cristales. Boca abajo, hundido en cinco centímetros de agua, había un cuerpo vestido con una campera azul. La mano derecha estaba completamente sumergida, pero la izquierda dejaba ver los anillos: la luna, el ojo, la avispa y el corazón.

SEGUNDA PARTE

Una lengua extranjera

Lengua natal: no hay tal cosa.
Nacemos en una lengua desconocida.
El resto es una lenta traducción.

ULISES DRAGO, *Babel*.

9

En la planta baja había varias habitaciones destinadas a la numerosa servidumbre que el hotel jamás llegó a albergar. En uno de estos cuartos, el 77, ubicaron el cuerpo de Valner, sobre un colchón sin sábanas, envuelto en nylon. En una mirada fugaz alcancé a ver el cuarto estrecho, apenas iluminado por una lamparita de poco voltaje, las paredes desnudas, el cuerpo demasiado grande para la cama angosta, con un brazo caído y chorreando agua por el piso.

El gerente del hotel, Rauach, a quien yo no había visto hasta entonces, apareció vestido de saco y corbata y con un ánimo en el que se mezclaban la voluntad de poner orden y la desesperación. En medio de la noche recorría el hotel dando órdenes y proclamando su inocencia.

—El hotel no tiene ninguna responsabilidad. Los pasajeros habían sido advertidos sobre los peligros de pasar al otro lado.

Dos policías llegaron en un jeep; uno era el comisario de Puerto Esfinge, Guimar, el otro un sargento gordo de movimientos lentos. El sargento tuvo que hacer de fotógrafo antes de que sacaran el cuerpo del agua. Lo miré trabajar; era evidente que no estaba habituado a tratar con muertos. Sacaba las fotos a la mayor distancia posible.

—Acérquese, hombre —ordenó Guimar en voz baja—. Quiero al muerto, no al paisaje.

Todos los invitados al congreso estábamos en el bar del hotel, espectadores de un drama del cual los otros —Rauach, el comisario, el médico al que habían despertado en mitad de la noche para firmar el certificado de defunción— eran protagonistas. Conscientes de su rol, hablaban en voz demasiado alta pero a la vez del modo más confidencial posible, con medias palabras y sobrentendidos. Seguíamos sus pasos, tratando de interpretar esos restos de información deshilvanada.

—Quiero una lista con los nombres y los domicilios de los pasajeros —ordenó el comisario al conserje—. ¿Quién encontró el cuerpo?

Ximena dormía en uno de los sillones del hall. La habían reanimado con cognac para reponerla del susto, pero la dosis había sido excesiva.

Ana la despertó sacudiéndola primero con cuidado y después con energía. Ximena miró al comisario y lo saludó con familiaridad. Él le preguntó por su tío, por su madre, por algún otro pariente y cuando se terminó la familia, por el muerto.

—Estuve buscando a Valner por todos lados.

—¿Para qué lo buscabas?

—Me encargaron hacer notas sobre el congreso. El conserje me dijo que lo había

visto subir la escalera. Golpeé la puerta de su cuarto pero no había nadie. Oí pasos en las escaleras; me asomé y vi, por el hueco, a un hombre que subía. Me pareció que era Valner, por la campera azul. Subía hacia el quinto piso.

—Ahí ya no hay huéspedes. Solamente hasta el tercero —intervino Rauach.

El comisario lo miró con fastidio.

—Subí hasta el último piso. Busqué en los pasillos, pero no lo encontré. Me distrajo un ruido, una ventana abierta que golpeaba. Entonces oí su voz y supuse que me había descubierto y me estaba llamando. La voz venía de arriba.

—¿En qué idioma?

—Ni inglés, ni francés ni ningún idioma que yo pueda identificar.

—¿Se oyó la voz de otra persona?

—No. Seguí su voz y encontré abierta la puerta que da a la parte destruida del hotel.

—No está destruida —dijo Rauach—. Está sin terminar.

—Subí hasta la terraza. Antes de llegar oí el ruido del golpe. Corrí por la terraza, me asomé por entre los hierros del techo y vi a Valner abajo.

—¿No lo oíste gritar cuando cayó?

—No oí nada.

—¿No había nadie más en la terraza?

La chica negó con la cabeza, nerviosa.

Kuhn se acercó al grupo.

—Comisario, tiene que quedar en claro que nadie estaba enemistado con Valner. No quisiera que mis invitados queden como sospechosos de un crimen.

—Hasta el lunes no tenemos juez. Mientras él no lo autorice, nadie podrá salir de Puerto Esfinge.

—¿Ni siquiera los extranjeros?

—Especialmente los extranjeros —El comisario se acercó a Kuhn—. Valner habló en un idioma que la chica no reconoció. ¿Con quién puede haber hablado? ¿Hay algún alemán, algún ruso…?

—No, una italiana, dos franceses, un norteamericano… Pero todos hablan español. Es probable que Valner hablara solo.

—¿En otro idioma?

Kuhn le contó la obsesión de Valner con la lengua enoquiana. Empezó a explicarle lo que era pero el comisario lo interrumpió.

—¿Pronunció durante su conferencia algunas palabras en esa lengua?

—La fórmula para volverse invisible y otra para levitar.

—¿Y levitó? —preguntó el comisario—. ¿O se volvió invisible?

—Puedo darle la grabación de la conferencia —dijo Kuhn, molesto.

—El juez va a tener que estudiarla. Quizás la chica reconozca que ése fue el

idioma que pronunció Valner antes de saltar. A lo mejor, sus ángeles le dijeron que saltara al vacío. El año pasado, a principios del invierno, el dueño de un hotelito que había cerca del puerto mató a su mujer con un martillo que acababa de comprar. Dijo que se lo había ordenado una voz que salía del hogar a leña. Lo que más me extrañó es que él tenía muchas herramientas en la casa y, sobre todo, varios martillos, pero la voz le había ordenado que comprara el martillo más grande y más caro que pudiera conseguir.

Guimar se puso el sobretodo.

—¿Se va, comisario?

—¿Tiene algún apuro? ¿Quiere que me vaya, Rauach? Primero voy a recorrer el quinto piso.

—Yo también me voy, comisario —dijo el médico.

—¿Qué va a poner en el certificado?

—Se mató por el golpe. No hay señales de que lo hayan herido o golpeado.

—Si encuentro a algún familiar, ¿qué le digo? —preguntó Kuhn.

—Van a hacerle la autopsia en la ciudad y seguramente van a tardar unos días para entregarle el cuerpo —respondió Guimar—. Eso no está en mis manos.

A las dos de la mañana Guimar y el otro policía se fueron y nos reunimos para una cena liviana. Tratamos de simular que la muerte de Valner nos había quitado el apetito. Comenzamos a comer el plato de fiambre con pequeños bocados distraídos, pero terminamos devorando todo.

Antes del postre, Kuhn se levantó.

—A pesar de la impresión que nos ha causado a todos este accidente, propongo continuar con el congreso en el orden que estaba previsto. Como nos vamos a acostar muy tarde, podemos empezar a las diez, en lugar de a las nueve.

A mi lado se había sentado Vázquez. Había conocido a Valner mucho tiempo atrás. Comenzó a contar, en tono de melancólico homenaje, una conferencia de esperanto que Valner había dado en los años sesenta. Una anécdota lo llevó a otra, el tono de melancólico homenaje se perdió, y a la media hora estábamos todos riendo sin control y pidiendo nuevas botellas de vino.

Kuhn, incómodo, pidió un poco de respeto. Vázquez, tambaleante y un poco avergonzado, se alejó rumbo a su cuarto. Ana ocupó su lugar. Llenó las dos copas con lo que quedaba de vino blanco.

—Feliz cumpleaños —dijo, chocando con disimulo mi copa. Hace rato que pasaron las doce.

—Me había olvidado.

—¿Cuál fue el primer regalo que te hice?

—No me acuerdo.

—Una caja de óleos que nunca usaste. ¿Y el último?

Ese sí lo recordé. Una lapicera con la que le escribí varias cartas que no me contestó.

—Tampoco me acuerdo.

La acompañé hasta la puerta de su habitación. Al saludarnos se colgó unos segundos de mi cuello, como si se hubiera quedado dormida. Cerré los ojos unos segundos y cuando los abrí, ya no estaba.

10

Me despertó el teléfono. Levanté el tubo y oí los primeros versos del «Cumpleaños feliz» en medio de interferencias. Estaba tan dormido que tardé unos segundos en reconocer a Elena.

—¿Me compraste un regalo?

—Todavía no. Aprovecho que no estás. ¿Hoy te toca hablar?

—Ya hablé.

—¿Y cómo salió?

—Creo que bien. Pero tengo algo más para contar.

Siempre me costó hablar por teléfono, porque nunca sé qué decir. Aunque haya un tema, me vuelvo lacónico; al hablar de la caída de Valner, mis frases de telegrama daban a los hechos un aire aun más sombrío; cuando cuento las cosas —me han dicho a menudo— construyo murallas alrededor de lo que describo y le doy a todo sitio una atmósfera de encierro. Elena, asustada, me pidió que volviera; prefería mis caminatas nocturnas por la casa a la angustia de recibir noticias raras desde lejos.

—Ahora no puedo volver —expliqué—. Vamos a estar encerrados hasta que las cosas se aclaren.

Me preguntó por los otros invitados. En realidad quería saber si había mujeres jóvenes. Hice una lista de invitados y creo que no me olvidé de nadie, excepto de Ana.

—¿Y Naum?

—Dicen que llega mañana.

—Leí en el diario que de regreso va a dar una conferencia en Buenos Aires, antes de volver a París.

No dije nada.

—Llamame mañana —pidió. Me dijo que me extrañaba, y que aunque había pasado un día, parecía más tiempo. Le dije que también la extrañaba y que también para mí había pasado más tiempo.

—Buscá la noticia en el diario —dije—. Valner tenía sus seguidores. Seguro que interpretan su muerte como una conspiración para mantener en secreto una base extraterrestre.

Cuando bajé a desayunar me crucé con dos empleados de la morgue municipal que llevaban en una camilla el cuerpo de Valner. Lo cubría una lona negra impermeable. Lamenté el encuentro, comí una sola medialuna.

El bar estaba animado; la muerte de Valner había ocurrido mucho tiempo atrás. Los pasajeros se hablaban de una mesa a otra, algunos parecían entusiasmarse con la

hipótesis de un asesinato. Frente a mí se sentó uno de los dos franceses, Schreber, que comenzó a explicarme los ensayos que había hecho con un grupo de antropólogos para trabajar con un idioma indígena —no recuerdo cuál— como lengua interna de un programa de traducción. Algunas lenguas primitivas tienen una estructura lógica similar a la de las lenguas artificiales, me dijo Schreber. La civilización, en cambio, siempre necesitó un lenguaje irracional para expresarse. El francés no entendía nada: el tema del día era otro. Me escapé de su compañía, en busca de rumores.

En los altoparlantes sonaba una música sin vida; luego se oyó la voz de un locutor. En el bar se hizo silencio: aquel hombre, instalado en la capital de la provincia, se preguntaba «¿Habrá entre los traductores un asesino? Dicen que fue un accidente o un suicidio, pero ¿con quién hablaba el muerto la noche del crimen? Para recordar al profesor Valner, trasmitiremos un extracto de la conferencia que dictó el año pasado en nuestra ciudad, sobre la ciudad extraterrestre de Erks».

Con un tono razonable, la voz de Valner comenzó a explicar que había una ciudad debajo de una montaña, y que el gobierno ocultaba el hecho. Los cambios de ministros, las internas partidarias, los enfrentamientos políticos eran cortinas de humo, noticias que tapaban los verdaderos acontecimientos, construcciones imaginarias que nos apartaban de la verdad. Aseguraba haber estudiado el suelo con un aparato de su invención —que llamaba erkoscopio— y haber oído voces bajo tierra que hablaban una lengua que parecía una música ejecutada con instrumentos de cristal.

Descubrí a Kuhn afuera, solo, mirando el mar. No era un hombre acostumbrado a la melancolía.

—Estuve toda la mañana haciendo llamados telefónicos para ubicar a familiares de Valner. Sólo pude hablar con unos vecinos que van a intentar avisarle a una prima que vive en no sé dónde.

—¿Y alguno de esos grupos a los que pertenecía no te puede ayudar?

—Se había peleado con todos. Apenas fundaba un grupo y conseguía organizarlo, empezaba a trabajar para provocar una escisión —Kuhn se sentó en la escalera de la entrada—. Preparé este congreso durante dos años. No sabés la cantidad de llamadas, de fax, de cartas… Ahora nadie piensa en el congreso. Todos quieren irse.

Pensé serenamente qué decirle para levantarle el ánimo.

—La gente siempre vuelve de los congresos sin nada que contar, salvo algún romance furtivo. Esta vez todos van a volver con una buena anécdota. Durante el año, todo el mundo se va a acordar del congreso de Julio Kuhn.

Sonrió sin ganas y miró su reloj de bolsillo.

—Voy yendo para la sala. Quiero ver si anda el micrófono.

—¿A quién tenemos que soportar?

—A Ana.

Ninguna conferencia empieza nunca a hora, así que me demoré en el bar, mirando a la gente que entraba. También entró el comisario. Se acercó a mi mesa.

—La gente está muy interesada en la charla de hoy —me dijo.

—¿Encontró algo?

—Un pedazo de tela azul, que se enganchó de uno de los hierros del techo. Me dijo el conserje que Valner tomaba bastante. A lo mejor no fue un suicidio, sino un accidente.

—A Valner el alcohol no lo perturbaba. Solamente le devolvía un poco de sentido común.

—Me contaron que se peleó con usted en su conferencia.

—No se peleó, me interrumpió nada más.

—¿No discutieron después?

—¿Quiere saber si yo lo empujé? A esa hora estaba en otra parte.

—¿En dónde?

—En la playa.

—¿Solo?

—Con Ana Despina. Va a hablar ahora. Si quiere oírla…

—No, gracias. Tengo el sueño fácil. No se ofenda, pero la traducción no es un tema que me interese. De la única traducción que me ocupo es de la que hago con los borrachos que encuentro dormidos en la calle. Los borrachos hablan todos el mismo idioma; nadie los entiende, pero ellos se entienden entre sí. Cuando tomo de más, yo también empiezo a entenderlos.

11

Había mucha más gente que el día anterior. No quedaban sillas libres. El público, atraído por la noticia, nos miraba con atención inquisidora, estudiaba nuestros rasgos para saber quién tenía la cara más apropiada para el crimen. Aunque el análisis lombrosiano ha sido desterrado oficialmente de la criminología, no ha perdido su arraigo popular.

Ana subió al escenario con una sonrisa nerviosa. El público parecía imposible de acallar. Kuhn se acercó para tranquilizarla.

—Si veo que siguen murmurando mientras hablás, suspendemos unos minutos y nos mudamos de sala. No tenemos por qué ser el circo del pueblo.

Pero Kuhn sabía que éramos el circo del pueblo, y siguió adelante con la función. Subió al escenario, presentó a Ana sin equivocarse y sin echar una sola mirada al papelito donde ella había resumido su currículum.

Ana tenía treinta y cinco años, pero de lejos parecía una chica de veinte. El público la miró con aprobación: esa chica tan estudiosa no tenía nada que ver con el crimen.

El tema de la conferencia era el libro *Mi hermana y yo*, la supuesta obra póstuma de Friedrich Nietzsche. Ana comenzó con la historia de la aparición del libro, publicado en Nueva York en 1950 por la editorial Boar’s Head Books. La versión de los editores para explicar que el libro hubiera estado escondido durante más de medio siglo había sido la siguiente: Nietzsche había redactado el manuscrito poco antes de su muerte, durante su reclusión en el hospicio de Jena, y se lo había dado a un compañero para salvarlo de las garras de su hermana Elizabeth. El hijo de este hombre lo había vendido a un editor que lo dio a traducir a Oscar Baum. Cuando Baum devolvió el original y el texto en inglés, la editorial había sido clausurada. Durante años el libro permaneció olvidado en los depósitos de la editorial hasta que el dueño decidió volver al negocio. Habían pasado veinte años; y sólo rescató el texto en inglés.

Los especialistas en Nietzsche nunca dudaron de que se trataba de una estafa; lo extraño era que el libro era mucho más que un pastiche de las obras anteriores de Nietzsche, como hubiera obrado cualquier falsificador. El que lo había escrito tenía talento y había estado poseído por el espíritu del autor. Lo animaba también un absoluto deseo de venganza contra la hermana de Nietzsche, que además de descifrar y reunir los manuscritos del filósofo, se había ocupado de acercar su obra al pensamiento nazi. La hipótesis más difundida era que George Plotkin, un falsificador profesional, había sido el autor, porque poco antes de morir había confesado a un especialista en literatura alemana su falsificación. «Confesar la autoría de un libro así —dijo Ana— no es confesar un crimen, sino la gloria. Que la cercanía de la muerte

inspira a la verdad es un aforismo que Nietzsche no se hubiera permitido».

Ana, inspirada en los críticos franceses, hablaba de un modo confuso; los hechos, la información, eran escollos en un mar de frases que siempre parecían encerrar un secreto. Ana se había propuesto estudiar filológicamente la edición norteamericana del libro, tratando de descubrir si detrás había un original alemán o si había sido directamente escrito en inglés. Su hipótesis central era ésta: la lengua de traducción, por fluida que sea, siempre arrastra sedimentos de la lengua que está debajo. Esos restos impiden la familiaridad y provocan un efecto de lejanía. Sus problemas con la vista la habían condenado a las metáforas ópticas: «Los libros escritos en nuestra propia lengua los leemos como miopes, acercándolos demasiado a los ojos. Pero los libros traducidos los alejamos para que se vuelvan nítidos. El punto de enfoque está un poco más lejos». La conclusión de Ana fue que detrás de la edición de 1950 había un original alemán, escrito por Nietzsche o por un impostor; la lengua de traducción —sostenía— es imposible de imitar.

Ximena se acercó al escenario para sacar una foto, mientras la gente aplaudía. Se suponía que debían comenzar las preguntas, pero el público, cansado de guardar silencio, conversaba a los gritos. Hubo alguna mano levantada, pero Ana prefirió escapar del estrado. Me levanté para ir a su encuentro: alguien me embistió. Era Rina Agri, que no pidió disculpas y se alejó como una sonámbula.

Me había propuesto no decirle nada a Ana de su conferencia, pero no pude evitarlo y la felicité.

—Lástima que no estaba Naum —se lamentó ella, y más lamenté yo haberme acercado. Quise salir a darle un poco de aire a mi resentimiento, pero Ana me retuvo.

—Estuve a punto de perder el hilo. En la segunda fila, Rina me miraba y movía los labios; después me di cuenta de que estaba hablando sola —dijo Ana.

—Chocó contra mí y no se dio cuenta.

—Debe estar mal. Voy a buscarla —Ana se apuró hacia la salida.

Sentada en la última fila, armada con un bloc, un grabador y una vieja y pesada cámara de fotos, Ximena oía una grabación, ponía un rollo a la máquina y tomaba notas a la vez.

—Pensé que después del susto te ibas a ir —le dije.

—Ni loca. Tengo que cubrir el congreso para información general. Es mucho mejor. El suplemento de cultura no lo lee nadie. Lo mantienen solamente porque la esposa del director escribe poesías.

Me mostró un ejemplar de *El Día*. Había llegado a tiempo para incluir la noticia de la muerte de Valner. Una volanta gigantesca anunciaba: Nuestra cronista descubrió el cadáver.

—En realidad no escribí la nota, pasé algunos datos por teléfono. Por suerte, hoy es sábado y en el diario el fin de semana nadie quiere trabajar. Si no, hubieran

mandado a alguien de la redacción.

—¿Van a seguir hablando del congreso?

—Del congreso no sé… De la muerte de Valner, durante meses. Las cosas siempre ocurren en otra parte; por fin algo que pasa entre nosotros. Mi nota de hoy va a ser una descripción del ambiente el día después de la desaparición de Valner. Los chismes de los pasillos, la reacción del público…

Bostezó.

—Ya sé que es su amiga, pero qué aburrida me pareció esa mujer.

—¿Yo también estuve aburrido ayer?

—No, no se puede comparar.

—En realidad la doctora Despina sabe mucho más que yo. Me pregunto si habrá salido bien en las fotos.

—Lo dudo, no tiene buen perfil.

—¿Y no le sacaste de frente?

—No. Preferí sacarle de perfil. Ahora tengo que sacar unas fotos del lugar donde murió Valner. ¿Me acompaña? Me da miedo ir sola.

Subimos al quinto piso. La puerta estaba cerrada con llave y clausurada con una banda de papel engomado. Para cruzar al otro cuerpo tuvimos que subir a la terraza.

Llegamos a la estructura de hierro, que me recordaba al techo de un invernadero, y me asomé hacia la pileta. Ésa era la última imagen que había visto Valner antes de morir: un hueco rectangular de cemento, lleno de agua de lluvia. El agua nos reflejó durante algunos segundos. En la imagen invertida, vi a Ximena apuntando con su cámara.

—¿Siempre sacás las fotos?

—Sí, hago todo yo, como los corresponsales de guerra.

—¿Y qué notas hacés en Puerto Esfinge?

—En vísperas del verano, turismo. Si descubro a algún famoso, le saco una foto y le hago un par de preguntas. A veces hago accidentes, casos policiales… Pero me publican muy pocas notas. Cuando pasa algo importante mandan a un periodista del diario.

Bajamos por la escalera hacia el natatorio a medio construir. Ximena se acercó a la pileta con lentitud, como si el cuerpo de Valner todavía estuviera allí. Me paré en el borde y vi, bajo el agua, el brillo de una moneda. Salté al interior, en la zona más baja, que estaba vacía. Caminé hasta hundir las suelas de los zapatos y me estiré hacia la moneda.

—¿Qué es? —preguntó Ximena.

—Una moneda de níquel de un peso. Año 1969. Dejó de circular a principios de los setenta.

A Ximena no le interesó la moneda. Fotografiaba el techo, el hueco de la escalera,

un gato que se paseaba por la cornisa. Yo me guardé la moneda en el bolsillo. La capa de óxido que la cubría era muy ligera. Llevaba pocas horas en el agua. Raspé el óxido: tenía marcas de dientes.

De Valner hubiera esperado otra clase de amuleto —piedras con poderes mágicos, un escorpión momificado, cristales, runas— pero no algo tan inocente, tan desprovisto de sentido como una moneda fuera de circulación.

12

Tenía esperanzas de que el tiempo hubiera maltratado a Naum. Pero cuando bajó de la combi gris, desafiando al viento que intentaba en vano despeinarlo, noté que había ganado un aire de autoridad que en su juventud apenas se insinuaba.

Me adelanté con la mano tendida. Me recibió con un abrazo y las palabras de rigor:

—Estás igual. Hasta llevás el mismo montgomery de corderoy.

Nunca me preocupo por la ropa, y cuando lo hago, me entero enseguida a través de mi mujer de que otra vez me equivoqué en la elección del talle, el modelo o el color. Naum no. No era que sus zapatos brillaran más de lo necesario, ni que el corte de su ropa denotara el gusto por la novedad: era esa elegancia sedimentada, convertida en costumbre, la elegancia distraída que no se puede improvisar una tarde en un shopping con una tarjeta de crédito.

Tuve que asistir al efusivo saludo de Ana. Intercambiaban nombres de personas que habían llevado noticias de uno a otro; eran como reyes recordando sus mensajeros perdidos. Kuhn se acercó a dar la bienvenida oficial; sonreía aliviado, como si Naum trajera la solución a todos los problemas.

Nos sentamos a la mesa para el almuerzo. Kuhn había ubicado a Naum en la cabecera. Todos callábamos el único tema posible, como si cumpliéramos con una regla de cortesía. El menú era ligeramente superior al de los días anteriores. Las botellas de vino habían dejado de pertenecer a bodegas desconocidas.

—El chofer de la combi me contó todo —dijo Naum apenas se sentó—. También hablaron del tema en la radio.

—¿Lo conocías a Valner? —pregunté.

—Alguna vez me escribió. Le había interesado mi libro sobre lingüística y alquimia. Nunca lo vi personalmente.

La carrera de Naum había tenido dos momentos que habían llegado a conformar una pequeña leyenda que las contratapas de sus libros se ocupaban de recordar. Recién recibido, viajó con una beca a los Estados Unidos para trabajar en el Instituto EMET, donde luego de la publicación de un ensayo sobre neurolingüística, se convirtió en el hombre de enlace entre los lingüistas y los neurólogos. Poco después de conseguir una cátedra en el EMET, abandonó todo para viajar primero a Italia y luego a Francia para estudiar los lenguajes herméticos. El director del Departamento de Lingüística del EMET condenó al discípulo que lo había traicionado: que nunca nadie —dijo—, que nunca nadie pronuncie su nombre en mi presencia. Durante dos años Naum había desaparecido por completo del mundo académico; resucitó con la aparición, en una editorial universitaria de París, de *El sello de Hermes*, un ensayo lingüístico sobre la alquimia, dedicado a su antiguo maestro. Con las doscientas

páginas del libro consiguió prestigio y dinero; una fundación puso en sus manos un Instituto de Lingüística destinado a investigar las lenguas artificiales y los sistemas simbólicos de la magia y de la alquimia.

En la mesa se habló del viaje de Naum, de las publicaciones de Naum, de las promesas que el futuro reservaba para Naum. Un viejo resentimiento dicta mis palabras; sé que nadie más tenía esa combinación seductora de éxito de público y prestigio intelectual y sé que ese renombre era justificado. En sus libros Naum no se entretenía juntando palabras para que otros pasaran horas en un lento desciframiento; no acumulaba citas al pie de página que hacían referencia a otras citas; no buscaba intérpretes ni devotos, sino esa especie perdida, el lector. Había leído sus obras esperando el lugar común, la falla, pero eran una máquina perfecta de ideas ensambladas que hablaban con claridad de temas oscuros.

—Hace tiempo que se dice que estás preparando un nuevo libro —dijo Kuhn—. Pero en las entrevistas no decís una palabra.

—Son los temas de siempre. Ninguna sorpresa, ningún secreto.

—Es difícil ocultar algo y que los demás no piensen que se trata de un secreto —dije—. Como tener un baúl, no querer abrirlo, y decir: no lo abro, pero sepan que el baúl está vacío.

—Mi baúl no está del todo vacío. Pero tiene sólo papeles viejos.

—Pensé que nos ibas a adelantar algo —dijo Kuhn.

—Vamos, Julio, no hay nada para revelar.

—¿Ni a mí? —preguntó Ana—. ¿Cuánto hace que nos conocemos?

—¿Cómo resistir el pedido de una mujer? Quizás después te diga algo, pero sé que va a ser una decepción. Qué importa: los hombres estamos condenados a decepcionar a las mujeres.

En la sobremesa, Ana le hizo una señal a Rina para que se acercara; pero la italiana la saludó de lejos con una media sonrisa y permaneció en su lugar. No hablaba con nadie.

—¿La habrá afectado tanto la muerte de Valner?

—No creo —respondió Ana—. No lo conocía. ¿Por qué Rina no quiso sentarse con nosotros? ¿Qué le hiciste, Naum?

Naum se rió.

—Tengo mi correspondencia un poco atrasada. Después voy a hacer las paces con ella.

Kuhn anunció una excursión. Naum se disculpó; el viaje había sido largo y prefería preparar las notas de su conferencia.

—Pensé que ibas a improvisar, Naum. Como en los viejos tiempos —le dije.

—La improvisación es siempre una impostura; y la impostura que necesita mayor preparación. Soy muy vago para eso. Prefiero tenerlo todo anotado, para poder pensar

en otra cosa mientras hablo.

Mostró las palmas de las manos, como si ahí estuviera todo escrito.

13

Kuhn, Ana y cuatro o cinco traductores que ya no recuerdo partimos para ver primero la Salina Negra y luego las instalaciones, también abandonadas, de una mina de carbón.

En el viaje, Kuhn y Ana hicieron conjeturas sobre el próximo libro de Naum.

—Estuvo recorriendo hospicios, buscando gente con trastornos en el habla —dijo Ana—. En un hospital ubicó a un español, Ulises Drago, que escribía desde hace años un largo poema sobre la caída de Babel. Drago hablaba un idioma incomprensible inventado por él, pero escribía en español sus visiones sobre la torre. Naum publicó un par de artículos sobre Drago y sobre la relación entre su poema y el idioma que había inventado. Creo que el libro que esconde es una mezcla de ensayo y ficción donde Drago lo guía por las ruinas de la torre de Babel.

—¿Va a hablar de eso en la conferencia de hoy? —preguntó Kuhn—. Le pedí que me mandara con anticipación el tema, pero me respondió que no estaba decidido.

—Siempre dice que todavía no está decidido —dijo Ana con brusquedad. Reconocí en su voz, irritado, la intimidad, y aliviado, el rencor.

La combi se detuvo al costado de la ruta, y caminamos un kilómetro por una breve pendiente. La Salina Negra era una meseta que parecía la huella de un incendio anterior al diluvio. Algunos vagones de carga habían quedado olvidados desde hacía cuarenta años, comidos por el óxido y los vientos. La sal sucia se mezclaba con los huesos de los pájaros que llegaban en invierno en pequeñas bandadas.

Levanté del suelo el cráneo de un ave y lo guardé en el bolsillo. En un estante de mi estudio juntaba huesos de pájaros, que a Elena le causaban repulsión. Hicimos veinte kilómetros más y llegamos hasta una mina de carbón que había dejado de funcionar veinte años atrás. El guía, un hombre de sesenta años, nos recibió vestido como un minero de principios de siglo, con un casco con luz en la frente, y nos invitó a bajar por una angosta escalera de metal.

Al recorrer los túneles Ana me dio la mano. Tropecé y casi la arrastro en mi caída.

—No me gusta estar aquí abajo. Por qué no me habré quedado en el hotel.

—Tenés que volver con alguna foto para mostrar. ¿O vas a reservar el rollo solamente para la conferencia de Naum?

Se rió.

—¿Estás celoso? No lo veo nunca a Naum.

Se descolgó la máquina portátil del cuello.

—Voy a sacarte fotos solamente a vos, para que no te sientas ignorado. No mires directo a la cámara, para que no salgan los ojos rojos.

Se alejó unos metros y disparó el flash. Nunca vi esa fotografía.

El guía describía el trabajo en la mina: las largas jornadas, la vida en un pueblo de casas precarias, el polvo en los pulmones. Los extranjeros prestaban atención; yo, por costumbre, nunca escucho a los guías. Me la pasé hablando con Ana hasta que el hombre nos reunió en círculo, de manera que nos obligó a estar callados.

—Una vez vino un médico a preguntar a los mineros qué soñaban. Y todos coincidieron: soñaban que se iban petrificando, que se endurecían hasta ser parte del carbón; soñaban que sus órganos internos se convertían en piedra. La mina los tragaba y ya nunca más salían de la negrura. Y el médico escribió un librito titulado: *Los hombres fósiles*, y nunca más volvió a escribir nada ni a investigar nada. Yo soy, desde hace mucho, un hombre fósil. Un gran porcentaje muere; pero un pequeño porcentaje se hace muy fuerte gracias al carbón. Puedo pasar aquí abajo días enteros, en la oscuridad; más tiempo que cualquiera y sin volverme loco.

Ana estaba apurada por abandonar la mina. El guía nos despidió abajo, la mano como visera para evitar el resplandor gris del día. Insistió en que nos lleváramos cada uno un pedazo de carbón como recuerdo.

El chofer estaba interesado en saber qué había dicho el guía. Kuhn le contó, y después le preguntó:

—¿Era en serio un minero?

—¿Minero? No. Era médico. Vino a investigar y se quedó en la zona para siempre. Hace años que dice que está escribiendo un libro, pero nadie vio nunca una sola página.

Cuando estábamos a pocos minutos de Puerto Esfinge nos detuvimos, porque un auto había derrapado hasta salirse del camino. Era un viejo Rambler verde, abollado, y picado de óxido. Uno de sus ocupantes, un hombre gordo y gigantesco, vestido con saco y corbata, permanecía sentado en el capot, abatido.

—Es la maldita tosca —dijo—. Este es un auto de colección, lo tengo desde el año sesenta. Espero que no le haya pasado nada.

Pasó la mano por el capot, acariciándolo.

El otro, un hombre delgado, de cabeza rapada, vestido con un saco que le quedaba tres talles más grande, estaba parado a unos metros, rígido e inmóvil, mirando hacia todas partes. No dijo una palabra.

—¿No es usted el doctor Blanes? —preguntó Kuhn al bajar de la combi.

—¿Julio Kuhn? —El hombre gordo le tendió la mano—. Por qué no lo llevan a Miguel con ustedes. Yo me quedo con el auto hasta que manden el auxilio.

Kuhn convenció al médico de subir a la combi. El otro hombre, que se llamaba como yo, aceptó indiferente, como si estuviera acostumbrado a que lo llevaran de un lado para otro. Ya en la combi, Kuhn nos presentó.

Mientras nos alejábamos, el doctor Blanes siguió con la mirada el coche

abandonado, tragado por la nube de polvo y la distancia.

—Miguel es traductor —dijo el doctor Blanes cuando su auto desapareció de la vista.

—¿Y qué traduce? —pregunté.

—Todo. Absolutamente todo.

14

Había conocido a Naum quince años atrás, en una editorial que alguna vez había sido importante, y que en ese entonces vivía de los restos de su antiguo prestigio. Estaba en el centro, cerca de Tribunales; Naum y yo trabajábamos en una misma oficina de paredes descascaradas junto a una ventana que daba a un pozo de luz.

Redactábamos fascículos para enciclopedias y libros por encargo sobre jardinería, la cría del ovejero alemán, consejos para decorar el hogar o para conservar el entusiasmo en la vida sexual. La línea editorial del señor Monza, nuestro patrón, era la falta de escrúpulos.

Con dos o tres libros extranjeros, precursores del manual de autoayuda, construíamos un nuevo libro que firmábamos con algún seudónimo autóctono.

A modo de premio por nuestra velocidad en el trabajo y moderación en pedir aumentos de sueldo, el señor Monza le publicó a Naum un pequeño ensayo y a mí un libro de cuentos titulado *Los nombres de la noche*. Las setenta páginas de Naum tenían como tema la teoría de los acrósticos que Ferdinand de Saussure había esbozado en los últimos años de su vida. Más tarde Naum se arrepintió de este libro y lo borró de la lista de sus publicaciones.

En el sótano de un bar que había elegido Naum presenté en sociedad el libro *Las iniciales de Saussure* —que no entendí—. En otro bar, ruidoso e impersonal, Naum presentó *Los nombres de la noche* —que no leyó.

Casi desde el principio se había instalado entre nosotros una rivalidad invisible, una música que sonaba lejos y que nadie más oía, pero de la que los dos éramos conscientes. Prefiero creer que era él quien la alimentaba; yo —menos ambicioso, menos capaz— le respondía distraído.

A través de mí conoció a Ana. Y sé que en el extranjero —donde van los que ganan becas, los que huyen, los que se arriesgan a estar solos en una ciudad desconocida para poder echarle la culpa a la ciudad desconocida de la espesa soledad que los rodea— conquistó a Ana.

Nuestra rivalidad necesitaba eso —una mujer— para ser perfecta. El romance duró apenas dos meses. No me importó. Sentimos necesidad de odiar a alguien que conocemos, pero no encontramos motivo; el correr de los años trae un pretexto cualquiera, que ascendemos a causa y origen del viejo odio, del odio que estuvo siempre, desde el principio.

Pero hasta ese momento, cuántas cosas le debía a esa rivalidad. Nuestra batalla era un incentivo para abrirse camino por el mundo. Cuando vi a Ana por primera vez, pensé en la cara de Naum si me aparecía con ella. Él, por ese entonces, estaba de novio con una estudiante de sociología inteligente pero insoportable y fea. La envidia de Naum era un tesoro para mí.

A los veinticinco años la rivalidad es un entrenamiento para el porvenir; a los cuarenta, resentimiento, obsesión e insomnio. Por eso nos tratábamos con fórmulas amables, y simulábamos no haber competido nunca: casi no se oía el rumor que llegaba desde lejos. Además, y no sé si lo he dicho con claridad, yo no tenía ninguna oportunidad en ningún campo frente a Naum, acostumbrado a ganar, aburrido de ganar.

Cuando subió al escenario del salón República no quedaban extraños entre nosotros. Los habitantes de Puerto Esfinge se habían acostumbrado a la idea de que la muerte de Valner había sido un accidente y ya se había agotado su interés en el congreso.

Naum se quedó en silencio mientras leía una hoja de papel. Parecía haber olvidado que estaba a punto de dar una conferencia. Kuhn, nervioso, creyó que Naum esperaba que lo presentase, aunque Naum le había pedido antes que no dijera nada. Subió al escenario y repasó, con cierta torpeza, el currículum de Naum. A pesar de los elogios —que deben ser interrumpidos, según el ceremonial, por sonrisas de falsa modestia o abierta incomodidad— Naum siguió leyendo la hoja de papel sin levantar la vista, ni siquiera cuando Kuhn terminó, y se oyeron los aplausos, y transcurrió otro minuto de silencio.

Durante un momento pensé que la conferencia de Naum consistía en esa ansiedad, los carraspeos, los movimientos en las sillas, como el concierto, según me habían contado, de algún compositor de vanguardia. Terminado el primer movimiento, Naum comenzó a hablar.

Después de haber repasado tantas veces la hoja, la apartó con desagrado, como si hubiera leído, en el papel escrito por él, el mensaje insultante de un redactor anónimo. El silencio —comenzó a decir— es igual en todos los idiomas; pero ésta es una verdad aparente. Quienes buscaron, a través de los siglos, las reglas de un idioma universal, creyeron que el silencio era la piedra basal del nuevo sistema, del sistema absoluto, pero basta internarse en esa ciudad de contornos imprecisos que es toda lengua para descubrir que los silencios tienen distinto significado, y que a veces se cargan de un sentido insoportable, y a veces no son nada. Los muertos no callan de la misma manera que los vivos.

Pronto fue evidente que encadenaba pensamientos sin un orden preciso; pensaba en voz alta. Si preparo demasiado lo que voy a exponer —me había dicho quince años atrás, cuando daba sus primeras clases en la facultad— las palabras salen muertas. Lo que Naum dijo esa noche en el congreso no era en realidad una conferencia sobre el silencio, sino que guardaba silencio a través de una conferencia. Su verdadero pensamiento —me daría cuenta después— estaba guardado bajo llave. Toda su charla —esa serie de palabras a la deriva, sin centro, que retrocedían cuando

estaban a punto de definir un concepto— era un largo mensaje en clave. En nada se parecía el Naum que escribía al que hablaba. Lo que en uno era precisión, en el otro era el temor a quedar encadenado a una idea. El orador era el fantasma del escritor.

Habló del silencio de Bartleby, y del «preferiría no hacerlo» que era su rúbrica. Habló de los lenguajes por señas de los sordos, que no tienen notación gráfica y que se construyen en el espacio; habló de la lengua técnica de ciertos calígrafos chinos, a la que no correspondía ninguna forma oral. Habló de las sirenas que tentaban a Ulises con un arma más poderosa que su canto. Habló del *Liber Motus*, un tratado de alquimia firmado por un tal Altus, que constaba de quince láminas sin texto; en sus complicadas imágenes estaba cifrado el conocimiento de los arcanos. Habló de tribus perdidas en las selvas de las enciclopedias, que pensaban que había que hablar poco, porque las palabras gastaban el mundo. Habló de los que volvieron mudos de la guerra, hombres de distintas naciones, que habían decidido lo mismo, como si se tratara de una conspiración, no decir nada, no admitir que lo que habían vivido podía ser contado. Habló del oído humano, que no soporta el silencio, y que cuando no tiene nada para alimentarse, comienza a generar su propio zumbido. Habló de ciertos chamanes que pasan años sin hablar, hasta que encuentran un día la palabra verdadera, que nadie entiende. Habló de los que morían con un secreto.

El verdadero problema para un traductor —dijo al final— no es la distancia entre los idiomas o los mundos, no es la jerga ni la indefinición ni la música; el verdadero problema es el silencio de una lengua —y no me molestaré en atacar a los imbéciles que creen que un texto es más valioso cuanto más frágil y menos traducible, a los que creen que los libros son objetos de cristal—, porque todo lo demás puede ser traducido, pero no el modo en que una obra calla; de eso —dijo—, no hay traducción posible.

Naum terminó de hablar y salió de la sala bruscamente sin esperar preguntas. Sobre el escritorio había quedado la hoja que había seguido con tanta atención para después desechar. Me acerqué a leer lo que había escrito. Estaba en blanco, excepto algunos puntos de tinta verde que formaban una constelación indescifrable.

15

Desde el pasillo oí el ruido de una máquina de escribir. Me asomé: sola, en el escenario de la Sala Imperio, Ximena escribía con dos dedos.

Me senté en la última fila. Tardó un minuto en darse cuenta. Habló sin mirarme, para simular que todo el tiempo había sabido que yo estaba allí.

—¿Cómo se escribe inmovilidad?

—Con v corta.

—Va a creer que soy una bestia. Pero a veces se me olvidan algunas palabras.

Me preguntó si yo también tenía errores de ortografía. Le dije que mi problema no era olvidar palabras sino recordarlas en exceso.

—Rauach me prestó esta máquina con la condición de que en las notas no hablara mal del hotel.

—¿Estás comentando la conferencia de Naum?

—No, es una nota de color.

—¿De color?

—El clima después de la muerte. Las sospechas de la gente. Conversaciones oídas al pasar. ¿Quiénes son los dos nuevos?

—El hombre alto y gordo es el doctor Blanes, un neurólogo que trabaja en el hospital provincial. El otro es su paciente, Miguel. Blanes era un médico muy respetado hasta que adquirió la costumbre de ir acompañado por pacientes a programas de televisión. Montaba shows semejantes a los de los hipnotizadores, pero con resultados impredecibles.

—¿Y qué hace en este congreso?

—Hace diez años publicó un libro que se llamaba *Neurología y traducción*, un estudio sobre las consecuencias de las lesiones cerebrales en la capacidad de trabajar con lenguas extranjeras. Supongo que será por eso que Kuhn lo llamó.

Ximena anotaba todo en su libreta; encerraba palabras en círculos y lanzaba flechas hacia los márgenes. Le conté que el auto de Blanes se había salido del camino, que era un Rambler verde y que habíamos recogido al médico y a su paciente. Si era buena periodista, sabría aprovechar los detalles. Después volvió a enfrentar la máquina. Mientras me alejaba por el pasillo hacia mi habitación, oía el lento tipeo, que seguía el compás del latido en mis sienes.

Me saqué los zapatos y me tiré en la cama, con la intención de relajarme. Mi cabeza entraba en conexión con fenómenos exteriores, con la tormenta que se avecinaba, con movimientos submarinos, con la epidemia feroz que dejaba animales muertos en la costa.

Me puse unas viejas zapatillas de tenis para caminar por la playa. En el hall me crucé con otros traductores, que me invitaron a sentarme junto a ellos; dije que prefería caminar. Ana hablaba con la chica que traducía notas del exterior para un diario de Buenos Aires. La tomé del brazo y la llevé afuera, sin oír sus protestas.

El viento soplaba del sudeste, más frío que antes. Eran las cuatro de la tarde, pero el cielo derramaba oscuridad sobre Puerto Esfinge.

—No nos alejemos mucho —dijo Ana—. En media hora habla Blanes.

Miramos el frente de los negocios: remeras con leyendas ecológicas, alfajores regionales, ceniceros con dibujos de pingüinos. Quería comprarle algo a Elena, pero preferí esperar a estar solo.

Pasamos por el frente del museo municipal. Un cartel de chapa anunciaba que estaba en refacciones por breve tiempo. El cartel, oxidado y despintado por meses de intemperie, colgaba torcido de un alambre.

—¿Viste a Rina en alguna parte?

—No.

—Algo le pasa. No habla con nadie, se esconde. Hoy tendría que dar una charla, pero Kuhn dijo que no le confirmó. ¿Qué están haciendo esos hombres?

Nos acercamos a la playa. Dos bomberos cubrían con cal un lobo marino muerto. Nos acercamos. Uno era joven y llevaba con solemnidad un uniforme reluciente; el otro, veinte años mayor, parecía más natural en su remendado traje rojo. Se sobresaltaron al vernos, como si los hubiéramos sorprendido en una maniobra indecente.

—¿Para qué lo tapan? —preguntó Ana.

El más joven nos miró con fastidio.

—Para que no apeste. Después lo llevamos fuera del pueblo y lo enterramos.

—Primero tiene que trabajar la cal, para que no nos llene de olor la camioneta —dijo el mayor.

—¿Es común que aparezcan los lobos en la playa?

—Cada cinco o seis años hay una epidemia —dijo el mayor—. Hubo una hace veintidós años, que fue la peor. Duró tres semanas y terminó con una ballena muerta. Una ballena gigante, no como las que se ven aquí. La gente venía de lejos a sacarle fotos. El maxilar cuelga del techo del museo municipal.

El lobo marino pintado de blanco parecía una señal en la arena, el límite de una zona invisible.

—Nos faltan otros dos —dijo el más joven.

Los bomberos subieron la bolsa de cal a una camioneta destartalada y se alejaron hacia el sur.

—¿Quién es el que viene allí? —pregunté. Un hombre de campera verde se acercaba caminando rápido hacia nosotros.

—No traje los anteojos. Después de los diez metros empieza lo desconocido —dijo Ana.

Pero no nos seguía a nosotros. Pasó de largo sin hablarnos ni mirarnos.

—¿No es uno de los del congreso?

—Zúñiga —dijo Ana—. Traduce novelas francesas para editoriales españolas.

—¿A dónde va, tan apurado? ¿De quién se escapa?

Sin necesidad de palabras, decidimos seguirlo. Nos dimos cuenta de que no huía de nadie: perseguía al hombre que ahora, cincuenta metros delante de nosotros, se acercaba al faro.

Aceleramos el paso, el viento en la cara. Por momentos nos hundíamos hasta los tobillos en la capa de algas. La humedad atravesaba la lona de mis zapatillas y repartía el frío por todo mi cuerpo. Al pie del faro, Zúñiga había alcanzado a Naum.

Gritó para que el otro se diera vuelta. Cada uno de ellos estaba tan pendiente del otro que no nos veían. Nadie más existía en el mundo.

Zúñiga pronunció unas palabras en un idioma que yo nunca había oído, pero que tenía algún lejano parentesco fonético con la pronunciación del griego ático. Naum se acercó con furia, como si el otro lo hubiera insultado y ahora correspondiera golpearlo. Le tapó la boca con la mano.

—¿Quiere seguir, después de lo que pasó?

El viento traía hasta nosotros sus voces encerradas en el hedor de las algas.

—¡Esperaba una respuesta! —gritó Zúñiga con más desesperación que ira. Su tono cambió a súplica—. Esperaba que usted me dijera cómo salir…

—¡Cállese!

—No puedo dejar de pensar. Lo que prometió no era esto.

—No prometí nada —dijo Naum, empujándolo con fuerza, como si aquel hombre le produjera no sólo enojo sino repulsión. Zúñiga dio un paso hacia atrás. Estuvo a punto de caer sobre el suelo desparejo que formaban las piedras.

—No se acerque a mí. No me hable. Que nadie lo vea conmigo.

A pasos gigantescos Naum se alejó hacia el hotel. Zúñiga había quedado tan abatido que me acerqué y le pregunté si estaba bien. Al principio no me oyó. Después me miró con extrañeza y respondió que sí, que estaba perfectamente bien.

—No quiero caminar más —dijo Ana—. Volvamos al hotel.

Caminamos en silencio. En una época íbamos al cine dos o tres veces por semana. Al salir no decíamos una sola palabra; horas después, cuando la película comenzaba a alejarse, hablábamos de ella. Sólo tenía sentido hablar después de un largo silencio.

Zúñiga había quedado de pie en el mismo sitio donde Naum lo dejó; de cara al viento, hablaba solo, murmuraba súplicas, y el viento respondía.

TERCERA PARTE

Arlevein

Quien pone el pie en el terreno de la lengua
puede decir que es abandonado por todas
las analogías del cielo y de la tierra.

FERDINAND DE SAUSSURE

16

—¿Por qué habla a mis espaldas? ¿Cree que mis conferencias son un espectáculo de feria porque traigo a un paciente? Es fácil hablar de los ausentes, describir tratamientos exitosos aplicados a enfermos encerrados a mil kilómetros de distancia. El noventa por ciento de las historias clínicas que conozco son ciencia ficción. Psiquiatría ficción.

Naum miró a Blanes sin responder; no como si buscara una respuesta adecuada, sino como si le costara recordar quién era el otro. Después dijo, en voz baja:

—Leí sus primeros trabajos, doctor. *Neurología y traducción* estaba lleno de ideas audaces; era desprolijo pero inspirado. De aquella época conservó sólo la audacia; ¿dónde quedó la inspiración? Reemplazó la teoría por el espectáculo.

—¿Por qué la medicina no puede ser un espectáculo, en tanto sea un espectáculo digno?

—En ciencia, el concepto de espectáculo está contra el concepto de dignidad.

—La medicina tuvo siempre algo de teatro. Piense en las autopsias públicas que se practicaban en los teatros anatómicos ante un público que había pagado su entrada. Piense en las histéricas de Charcot. Hoy las únicas demostraciones públicas de curación las dejamos en manos de curanderos y santones. La medicina se ha convertido en una práctica escondida y anónima. Exhibimos nuestras máquinas en lugar de nuestro saber. ¿Pero por qué yo, un médico, tengo que soportar las críticas de un… —se detuvo a elegir la injuria— …lingüista?

—Vamos a la sala, doctor Blanes —interrumpió Kuhn—. Es hora de hablar.

Los traductores comenzaron a entrar al salón Príncipe, que hasta entonces no habíamos pisado. Naum me detuvo.

—Participé de demasiados congresos en mi vida. Ya tengo cubierta mi cuota de farsantes. Vamos, tomemos un café, hablemos de los viejos tiempos, digamos mentiras en vez de oírlas.

Pero yo preferí asistir a la charla de Blanes.

Miguel no se decidía a subir a la tarima, y el médico lo arrastró de un brazo. En su presentación, Kuhn usó su tacto: mencionó sus primeros libros, dijo, con justicia, que Blanes había sido uno de los primeros en el país en estudiar la relación entre las lesiones cerebrales y la capacidad de traducir, e ignoró los últimos escándalos, que incluían una suspensión de la Sociedad de Neurología. Miguel miraba la mesa, el vaso de agua, cada una de las caras, los listones de roble del piso, con la atención de un erudito ante un texto difícil.

—He visto toda clase de mentes destrozadas —empezó Blanes—. He visto hombres que perdieron la memoria, el olfato, la percepción de su cuerpo, la línea divisoria entre sueño y vigilia. En un hospital de Mar del Plata atendí a un hombre

que decía escuchar la voz de su esposa muerta. Miré su oído, que se comportaba como si esa voz existiera. He visto a un joven de dieciocho años que trataba de caminar por una pared, porque creía que era el suelo. Una vieja profesora, en un asilo de las afueras de Montevideo, oía determinado sonido cada vez que veía el color rojo, tal otro sonido con el verde. Un marino italiano de noventa años se negaba a mirar las hojas caídas de los árboles, porque en cada una de ellas descubría la cara de un camarada muerto. He visto casos extraordinarios, pero ninguno como el de Miguel.

El paciente miraba cada cara, y cada rasgo en cada cara. Deletreaba, separaba en sílabas los rostros, las manos, los cuerpos sentados.

Miguel, explicó Blanes, había sido obrero de la construcción. Durante una manifestación, siete años atrás, una bala le había pegado en la cabeza y le había provocado lesiones en el hemisferio izquierdo. Estuvo dos meses en coma. Despertó con una afasia total, que se fue revirtiendo en los meses siguientes. Halagado por el relato, Miguel asentía a las palabras de Blanes; estaba acostumbrado a que la historia clínica fuera su única biografía posible.

—Al principio Miguel no podía reconocer su propio idioma; pero su recuperación fue más allá que su capacidad inicial; comenzó a traducir lenguas extranjeras que nunca había estudiado. Desde luego, esas traducciones eran imaginarias, pero él no podía evitar hacerlas. Es incapaz de decir: no comprendo. Miguel le encuentra sentido a todo, no tolera que haya un significado en las sombras. No hay en el mundo una sola palabra que a Miguel le suene extranjera.

Miguel, el traductor universal, hizo un ligero movimiento con la cabeza, confirmando las palabras del médico.

—Hace dos años —continuó Blanes— se publicó un tratado sobre el sinsentido: el autor contaba una leyenda medieval. Un viajero inglés caminaba por una playa cuando encontró en la costa, envuelto en algas, a un ahogado, pero a un ahogado vivo. El ahogado se arrancó de la cabeza una corona de corales, se apartó las algas de los ojos y le dijo: estoy prisionero de Poseidón. Yo viajaba en mi barco, el Arlevein, y un remolino me tragó junto con mis compañeros. Poseidón aceptó volverme a la vida sólo si averiguo qué significa la palabra Arlevein. «¿Y no sabe qué significa?», preguntó el viajero. No, respondió el ahogado: partimos en ese barco por encargo de mi rey, para aclarar el enigma; por eso mi barco se llamaba así. Si no me dices el significado, le dijo el ahogado al viajero, te arrastraré conmigo al fondo del mar. El viajero jamás había oído esa palabra, pero tenía que improvisar una respuesta para salvarse. Aquí detuve mi lectura y le pregunté a Miguel el significado de esa palabra. Y su respuesta coincidió con el libro.

—¿Y cuál era esa respuesta? —preguntó Kuhn.

—El viajero dijo que Arlevein significa la búsqueda interminable del significado de una palabra. No sabemos si era la verdad, pero esa respuesta, en la fábula, lo salvó.

Pero ahora que hable Miguel.

Miguel enderezó la espalda y miró hacia el frente, preparándose para responder. El auditorio era escéptico, pero nadie había tenido tiempo de aburrirse todavía, y un conferencista como Blanes sabía que la falta de fe, al lado del aburrimiento, no era nada.

—Les pido que escriban en un papel una frase en cualquier idioma y me la acerquen —dijo Blanes—. Yo la voy a leer.

Hubo unos segundos de incomodidad. Kuhn, para evitar el vacío, garabateó una frase en una hoja cuadriculada. Blanes leyó:

Nel mezzo del cammin di nostra vita
Mi ritrovai per una selva oscura
Che la diritta via era smarrita.

No hubo sorpresas, no hacía falta hablar italiano para comprender los versos. Miguel dio una traducción aproximada, inventándole algún significado, que no recuerdo, a *smarrita*. Blanes se dio cuenta de que la tensión había caído. Pidió frases en francés, alemán, japonés… Enseguida llegó otro papel:

Objects in mirror are closer than they appear.

Miguel tradujo sin vacilar:

—Al mirar los objetos se cierran en su aparición.

Vázquez recitó con histrionismo un poema de Baudelaire, creo que era «La gigante»; Blanes pidió el texto por escrito. Miguel reemplazó cada verso por otro de su invención; de tanto en tanto acertaba con la palabra correcta, pero el acierto era menos interesante que el universo verbal paralelo que construía con las lenguas ajenas. Su negativa a no entender dejaba un gusto amargo, a sinsentido, porque entender todo era exactamente lo mismo que no entender nada. Por no permitirse ese vacío, Miguel dejaba que una especie de suprema indiferencia se lo tragara; nunca podría comprender nada hasta que aprendiera a no comprender.

Durante diez minutos el público se entusiasmó con el juego, pero luego empezaron las primeras señales de aburrimiento: el murmullo, el bostezo, la deserción.

—¿Nadie más quiere una traducción de Miguel? Todavía no hemos oído ninguna frase en alemán, en flamenco, en catalán…

Mudos, incómodos, aguardábamos que Blanes interpretara aquel silencio como una señal para dar por terminado el espectáculo y comenzar con su conferencia: habíamos visto los hechos, ya era hora de las conclusiones. Alguien se puso de pie,

en el fondo. No giré la cabeza, pero oí la larga frase incomprensible.

—Tiene que escribirla —dijo Blanes.

Zúñiga repitió la frase.

—No significa nada, pero igual Miguel puede traducirlo. ¿Qué es lo que el señor acaba de decir?

Miguel negaba con la cabeza. Había terror en esos ojos que no querían mirar a ninguna parte. Miguel entendía, pero esta vez no quería traducir.

—¿Qué pasa? ¿Qué fue lo que dijo?

Miguel empezó a golpear con fuerza el piso con sus pies, pero no de un modo completamente irracional, sino con método, como si la calculada furia de sus golpes trasmitiera algún mensaje a un lugar lejano. Tenía el mentón pegado al pecho, los ojos clavados en el piso, las manos en los oídos. Blanes trataba de hacerlo abandonar aquella posición, pero el paciente se había cerrado en sí mismo.

—Se terminó la conferencia —dijo Kuhn.

Busqué a Zúñiga entre los que se apuraban por salir, pero ya se había ido. Como el viajero de la leyenda, yo había oído al ahogado pronunciar la palabra desconocida, pero no podía adivinar el significado.

17

Una grúa dejó el Rambler verde en la puerta del hotel. Blanes firmó los papeles para recibir el auto y se sentó sobre el capot.

—¿Lo encontraron? —le preguntó a Kuhn.

—No está en el hotel.

—No me puedo ir sin él. Lo saqué bajo mi responsabilidad. ¿Quién era ese hombre, el que le habló? ¿Por qué lo perturbó a propósito? Lo debe haber mandado Naum.

Miguel había desaparecido a la salida de la conferencia, en medio de su crisis. Blanes se había quedado a responder algunas preguntas. Apenas se dio cuenta de su ausencia, se puso a dar instrucciones a todo aquel que se le cruzaba sobre la forma correcta de buscarlo; él comandaba la búsqueda sin moverse.

—Puede estar arriba —dije—. Hay muchos cuartos vacíos.

Un grupo buscaba a Miguel en la playa, otro en los alrededores del hotel.

Dejé a Kuhn en el segundo piso. En el tercero me crucé con Vázquez y le pedí que me ayudara.

—¿Dan premio, como en la búsqueda del tesoro? —me preguntó.

—No, pero si no lo encontramos, Blanes se queda a dar otra conferencia.

—Es un buen estímulo.

La mayoría de las puertas del cuarto piso estaban cerradas con llave. Había un sector que todavía no tenía cerradura; yo me asomé mientras Vázquez se adelantaba al quinto. Entré en habitaciones sin pintar; a algunas les faltaban las baldosas del piso o los artefactos del baño. Después de un rato, oí el grito de Vázquez.

—¡Lo encontré!

Corrí por el pasillo vacío y subí a los saltos la escalera. Llegué a un cuarto que servía de depósito y donde se acumulaban latas de comida, bolsas de nylon con toallas, cajas de cartón con alimentos. Vázquez estaba caído en un rincón y se había golpeado la cabeza contra una cortadora de césped. Lo ayudé a levantarse. En el centro de la habitación ardían cuatro velas.

—Me empujó y salió corriendo. Creo que se fue a la terraza.

Subimos por una escalera de cemento y llegamos a una terraza inmensa. Ahí estaba Miguel, de pie junto al borde, mirando hacia afuera. La terraza no tenía ninguna protección.

—Avísele a Blanes. Yo me quedo a vigilarlo.

Miguel sostenía una vela encendida. La cera se le derramaba por los dedos, pero parecía no darse cuenta. Movía lentamente la mano, haciendo señales destinadas a

nadie.

—Miguel —dije—. Aléjese del borde.

No me oyó. No giró la cabeza. Siguió mirando un punto a lo lejos: el faro, las algas, o el mar.

Me acerqué un poco más, sin animarme a ir hasta él. Blanes tardaba en llegar; al final entró, jadeando pesadamente. Tuvo que esperar un par de minutos antes de poder hablar.

—¡Miguel! —gritó y esperó en vano una respuesta. Se acercó despacio hacia su paciente. Sólo cuando le puso una mano en el hombro el otro se dio cuenta de que estaba allí. Blanes lo tomó de un brazo y lo alejó del borde. Miguel aceptó con docilidad.

—¿Por qué te escapaste? ¿Adónde ibas a ir? —le preguntó.

Miguel no respondió.

La luz de la tarde se apagaba. Blanes le sacó la vela de la mano y le iluminó la cabeza. Sin decir nada, nos mostró las orejas de Miguel, rodeadas de cera derramada, enrojecidas por las quemaduras. Se había sellado los oídos.

18

Miguel había entrado en el auto. Se sentó en el asiento del acompañante y encendió la radio. Ninguna estación lo conformaba y hacía girar el dial de un lado a otro, captando confusas emisoras lejanas.

—Quiero que ese hombre me dé una explicación —dijo Blanes.

Se había acercado agresivamente a Kuhn, que no retrocedió. Aunque estaba acostumbrado a inclinarse para hablar con la gente, esta vez Kuhn aprovechó la diferencia de altura para resistir la amenaza. Estaba erguido, mirando hacia el frente.

—Lo buscamos. No lo pudimos encontrar —dijo—. Estoy seguro de que Zúñiga no tuvo la intención de dañar a su paciente…

—No me entienda mal. Ya se me pasó el enojo. Lo que me importa es que él tiene un secreto.

—Zúñiga no tiene ningún secreto, es un hombre un poco raro, desde que llegó estuvo solo y no habló con nadie. Quizá, como usted experimentaba con su paciente, él también quiso jugar un poco, para ver si traducía palabras sin sentido.

—En mis conferencias nunca falta alguien que le pide que traduzca palabras sin sentido, pero esta vez lo que pasó fue otra cosa. Investigo a este hombre desde hace años, y de pronto me doy cuenta de que otro tiene un secreto al que yo ni siquiera me acerqué. ¿Quién es este Zúñiga? ¿Es lingüista, como usted?

—Es traductor. Se recibió de ingeniero pero nunca ejerció. Vivió toda su vida con su madre en Buenos Aires, y sólo se separa de ella cuando tiene que viajar a Barcelona, una o dos veces por año. Traduce del francés para editoriales españolas, sobre todo ensayos. No lo conozco a fondo; lo vi un par de veces antes, nada más.

—¿Y esa lengua que habló? ¿Alguien más sabe de qué se trata?

—Apenas llegamos se encerró en una comisión con Valner y otra traductora, para hablar de las lenguas artificiales. Quizás era una de esas lenguas. Probablemente el idioma de los ángeles de John Dee. Ese fue el tema de la conferencia de Valner. Su paciente tiene una gran imaginación para traducir, quién sabe qué sentido terrible le dio a esas palabras que no significan nada.

Blanes miró a Miguel, que seguía jugando con la radio, subiendo y bajando el volumen.

—Me quedaría a buscarlo, pero necesito llevar a este hombre para que le curen los oídos.

—¿Había tenido antes algún otro ataque auto-destructivo? —pregunté.

—Éste no fue un ataque autodestructivo, señor De Blast. Lo hizo para protegerse.

Blanes buscó en sus bolsillos hasta que encontró un papel arrugado que tendió a Kuhn.

—Déle mi tarjeta a Zúñiga y dígale que se comunique conmigo. Tenemos que

hablar.

Blanes subió al auto y cerró con un portazo.

—Antes de irme voy a dar una vuelta por el pueblo, a ver si lo cruzo.

—Suerte —dijo Kuhn saludándolo con la mano. El Rambler verde tomó el camino de la costa—. Espero no verlo más.

Nos sentamos en las escalinatas del hotel.

—Este hombre está más loco que su paciente. Cree que un idioma puede trasmitir sentido aunque se ignore el significado de sus palabras.

—Le dijiste que era la lengua de John Dee. ¿Realmente lo crees?

—No. Suena completamente distinto. ¿Habías oído antes algo parecido?

Recordé a Zúñiga disparando las palabras a Naum. Recordé a Naum abandonándolo a su soledad y a su terror.

—Nunca —respondí.

19

En *La cabeza de la Gorgona*, Kabliz se sirve del mito para trazar su dibujo del dolor de cabeza. Los mil puntos de dolor en el cráneo, agitándose como serpientes; alrededor un mundo en el que las cosas se petrifican. Y la aversión a los espejos y el secreto deseo de ser decapitado.

Se me habían acabado las aspirinas; salí a comprar, antes de que se desatara la tormenta.

Vázquez se me cruzó en el hall. Tenía un vaso de whisky en la mano.

—Estamos reunidos en una comisión para hablar sobre la traducción de la novela policial. ¿No quiere venir?

A Vázquez le gustaba menos conversar que ser oído, y necesitaba auditorio para sus anécdotas.

—Tengo que salir.

—Estamos discutiendo si hay que hacer hablar a los gángsters neoyorquinos en lunfardo rioplatense.

Prometí que iría, en ese tono en que se puede mentir con tranquilidad, porque se da por descontado que nadie va a creer lo que decimos.

Caminé a paso veloz hasta el pueblo. Estoy acostumbrado a caminar muy rápido, pero siempre me retraso porque no puedo evitar mirar las vidrieras, aunque no me interesen las cosas que muestran. Las vidrieras de Puerto Esfinge o bien exhibían carteles con la leyenda EN VENTA o EN ALQUILER o bien mostraban remeras con animales en extinción y pulóveres tejidos a mano. Entré en uno de esos negocios a comprarle a mi mujer un colgante de plata. La vendedora me mostró siluetas de animales y elegí uno tan abstracto que parecía una letra: la cola de una ballena.

Al salir descubrí a lo lejos la cruz verde de una farmacia. Un hombre salió del local a paso apurado y se perdió en una esquina. Me pareció que era Zúñiga.

Quise comprar una tira de aspirinas, pero sólo las vendían por cajas. Llevé una de cincuenta y pedí también un analgésico más fuerte.

—Me parece que conozco al hombre que acaba de salir —le dije al viejo farmacéutico.

—Un tipo raro. Quería pagarme con una moneda de níquel.

—¿Una de las viejas?

—Muy vieja. Se quería deshacer de ella, insistía en dármela, a pesar de que ya me había pagado.

—Me imagino que habrá comprado sus remedios para la presión.

El farmacéutico vaciló antes de revelar la compra: Zúñiga había llevado una caja de sedantes.

Al llegar a la esquina oí mi nombre. Un flash me encegueció.

Ana sostenía su cámara fotográfica de bolsillo. A su lado estaba Naum, vestido con una campera de cuero negra y unas botas relucientes.

—Pónganse juntos —dijo Ana.

Obedecí, lamentando que el contraste entre la campera de cuero y mi montgomery de corderoy quedara eternizado.

—¿Por qué te perseguía Zúñiga, Naum? ¿Qué quería? —le pregunté mientras sonreíamos a la cámara, cada uno con el brazo sobre la espalda del otro.

—Recién hablábamos de eso con Ana. Zúñiga me escribió un par de veces, porque estaba buscando información, ya no me acuerdo si sobre la cábala o sobre qué. Contesto treinta cartas por día. Todo el mundo se cree mi amigo y se ofende si no le doy toda mi atención.

—Vamos al faro antes de que empiece la tormenta —dijo Ana.

Caminamos por la costa hasta el faro. A su alrededor había un alambrado que alguna vez había servido para impedir el paso, pero que ahora estaba volcado. La puerta estaba cerrada por un candado oxidado. Ana dio un suspiro de decepción. Naum probó si el candado cedía; sus manos enguantadas tiraron de la traba hasta que se abrió.

El interior del faro estaba oscuro y olía a humedad. En el suelo había un calentador oxidado y un bulto de lonas y sogas que habían empezado a pudrirse. El baño tenía un caño roto que inundaba todo el piso de la construcción.

—¿Eso es todo lo que nos vas a decir de Zúñiga? —pregunté.

—No hay más. Pregúntenle a él.

—Siempre te gustó tener secretos.

—¿Qué es un hombre sin secretos?

Comenzamos a subir los escalones con la mano apoyada en la pared salitrosa. La cima estaba iluminada por la última luz del día.

—Cuando venía para acá le pregunté por el faro al chofer de la camioneta —dijo Naum—. Me dijo que estuvo apagado durante los últimos treinta años. Hasta hace un tiempo sólo lo encendían para año nuevo, ahora ni siquiera eso. Pero antes vivía un viejo, que de un día para otro se negó a salir del faro. Durante diez años estuvo adentro, casi siempre arriba. Le alcanzaban la comida en un balde de metal.

Ahora que los ojos se habían acostumbrado a la oscuridad pude ver, en lo alto, una polea, de la que colgaba un balde abollado. La soga llegaba hasta el suelo. Algún pájaro invisible comenzó a volar en el cono oscuro, espantado por nuestra presencia. Sólo de vez en cuando llegaba a ver una sombra; el resto era el ruido de sus alas.

—El viejo esperaba la llegada de un barco, el Esfinge. Decía que hasta que no viniera, no saldría del faro. Pero el Esfinge había llegado cien años antes, y se había hundido frente a la costa. Sus sobrevivientes fundaron el pueblo.

Naum comenzó a respirar mal. No es fácil contar una historia y subir una escalera a la vez. Me alegré tanto por su jadeo que bendije aquellos escalones: ojalá no se terminen nunca.

—Un día el viejo encendió todas las luces, como había prometido hacer cuando llegara el barco. La gente miró el mar: no había ningún barco. Llamaron al viejo, pero no respondió. Estaba muerto. Desde entonces el faro está apagado y vacío. Me dijo el chofer que él mismo vio al faro hacer una señal en la noche, para apagarse enseguida.

Habíamos llegado a lo alto. Sentí el frío en los huesos. Miramos en silencio el mar oscuro.

—Quisiera creer en fantasmas —dijo Naum—. No en los fantasmas de los espiritistas, que apagan lámparas y patean el suelo y hablan a través de una copita, sino en los otros, los que son la huella de una historia que se niegan a cerrar.

Miré hacia abajo. Imaginé el salto, caer con los brazos abiertos sobre las rocas. Naum hablaba de fantasmas ajenos, de un viejo en un faro que nada tenía que ver con nosotros; preferí invitar a la reunión a un espectro conocido.

—Naum. ¿Por qué se mató Valner?

—¿Cómo puedo saberlo?

—No creo que no lo conocieras, como dijiste. Kuhn me dijo que alguien le había insistido para que lo invitara. Hoy volví a preguntarle. Confesó que habías sido vos.

Me miró con fastidio.

—Nos escribíamos. Alguna vez lo crucé. El viejo me caía simpático, pero hacía meses que no lo veía, ni siquiera estaba aquí cuando murió.

Sobre el horizonte se dibujó una red de rayos destinados a iluminar la cara de Ana. Yo no quería verla, quería que todo quedara en las sombras, quería salir de ahí.

La puerta del faro rechinó.

—Hay alguien abajo —dijo Naum.

Me asomé a una negrura absoluta. Ana dijo que tenía frío; Naum le dio sus guantes. Era un par de guantes de cuero negro, que conservaban la forma de las manos que acababan de abandonarlos; Ana metió las manos en el molde hueco, en el calor de las manos de Naum.

Empezamos a bajar la escalera mientras el otro, el desconocido, nos miraba desde abajo, tan invisible como el pájaro que había quedado atrapado en la construcción y que ahora había renunciado a la fuga o había encontrado una salida. Naum le habló en voz alta. Nadie respondió.

—No hay nadie —dijo Ana—. No puede haber nadie.

—Debe ser tu fantasma, Naum.

—¿Quién?

—Zúñiga, que te sigue a todas partes.

No podía ver con claridad la cara de Naum, pero cuando me tomó del brazo

invitándome a bajar noté que la mano temblaba.

Segundos después la cuerda que sostenía el balde se movió.

—Algún chico que quiere asustarnos —dije.

La soga se soltó. Oí el zumbido de la roldana y luego el estruendo del balde al chocar contra el suelo.

20

Apenas cerramos la puerta del faro, una ráfaga helada inauguró la tormenta. Corrimos hacia el hotel. El mar golpeaba contra la muralla de algas, amenazando con demolerla. El hotel era una luz a lo lejos: los objetos bajo la lluvia están más cerca de lo que parece.

En la larga mesa del comedor había algunas sillas ocupadas por traductores que comían pan con manteca y se aburrían.

—Creo que su montgomery no es impermeable —dijo Vázquez, mientras jugaba al solitario en una mesa aparte.

Dejé la campera cerca de la estufa y subí a cambiarme la ropa mojada. Por iniciativa de mi mujer, había llevado un pantalón de más. En mi limitado orbe de predicciones, la lluvia era tan improbable como un eclipse.

Me senté con Vázquez.

—¿Cómo terminó el debate?

—Que hay que traducir solamente novelas con pistoleros sordomudos, para evitar el problema del coloquialismo. Hizo bien en no venir, me aburrí mucho.

—Creí que iba a hablar usted todo el tiempo.

—Hablé yo todo el tiempo, pero igual me aburrí.

Me quedé mirando las cartas. Iba a hacer una sugerencia, pero Vázquez me atajó.

—No se le ocurra decir nada, que no soporto que nadie se meta cuando juego al solitario. Es un verdadero vicio.

—No me diga que es el único.

No podía seguir. Barrió las cartas y me tendió el mazo.

—¿Juega?

—Me aburren los juegos de cartas.

—El solitario no es un juego de cartas. Es un rompecabezas. Piezas desordenadas que hay que ubicar en el lugar preciso.

—¿Por qué cree que se asustó tanto el paciente de Blanes?

—Si fuera una escena de una novela policial, le diría que le encontró un sentido a algo que para nadie más tenía sentido.

—¿Pero por qué imaginar un sentido terrible a esas palabras, y no a cualquier otra? Zúñiga y él no se conocían: ¿por qué tendría que tenerle miedo?

—A lo mejor el significado terrible no estaba en sus palabras, sino en la escena. Imagínese que yo le digo que hay aquí un asesino que tira un naipe al pie de la persona que va a matar. Luego alguien se acerca a usted y deja caer una carta. Puede ser una carta cualquiera —tomó un as de corazones—. Si alguien ve la escena, y ve su terror, se preguntará ¿qué hay de terrible en el as de corazones? Pero es el relato previo lo que provocó su miedo, no la carta en sí.

—No me convence —dije.

—Los misterios están ahí para darnos tema de conversación, no para que los solucionemos. Si uno sabe cómo entretenerse hasta que traen la comida, y después sabe cómo sobrellevar la charla de sobremesa, tiene la vida resuelta.

Ya estaban todos sentados a la mesa. Nos acomodamos en los sitios vacíos. Media hora más tarde habíamos terminado con las empanadas de carne, y esperábamos el cordero asado. Ana estaba sentada a mi lado. Había cambiado el pulóver mojado por uno celeste. Se había secado el pelo y lo llevaba atado con una cinta amarilla.

—Qué felicidad este momento, el instante justo antes de empezar a comer —me dijo Vázquez—. Después viene la saciedad, la indigestión y el arrepentimiento.

Con esa clásica indiferencia de algunas mujeres por la comida, Ana se levantó cuando estaban sirviendo el cordero. Le pregunté adónde iba.

—Voy a ver qué le pasa a Rina.

Llamó desde el teléfono de la conserjería. Unos segundos después colgó y le pidió al conserje que llamara a Rauach. Solamente yo prestaba atención a los movimientos de Ana; los demás iban levantando el tono de voz a medida que se vaciaban las botellas. Es frecuente, en una cena con muchas personas, que una muralla hecha de conversaciones y miradas aísle la mesa del mundo, hasta que al final uno mira a su alrededor y descubre que el salón horas antes lleno, ahora está vacío, y con las sillas sobre las mesas.

El gerente dudó unos segundos, amagó una negativa, y finalmente tomó un manojo de llaves. Ana y Rauach desaparecieron en el ascensor.

Pasaron unos minutos. Me acababan de servir el cordero. La caminata y la lluvia me habían dado hambre. Lo miré con tristeza: tan jugoso, pensé, tan tentador, y no voy a probar un solo bocado.

Subí las escaleras. El primer piso estaba desierto; en el segundo encontré a Ana, que caminaba perdida. Con las dos manos se apretaba la boca del estómago.

Rauach, el gerente del hotel, cerró la puerta de la habitación. Sacó un pañuelo del bolsillo y limpió los números dorados, tres-uno-seis, hasta hacerlos brillar. Sólo reaccionó cuando le toqué el hombro. No dijo nada, pero despertó.

—Voy a llamar al comisario.

Kuhn era un buen anfitrión; esperó que casi todos hubieran terminado de comer para dar la noticia: Rina Agri estaba muerta. Después de un profundo silencio, todo el mundo empezó a preguntar a la vez. Kuhn contestó; a medida que respondía, él perdía sus energías y también los demás; cada pregunta agotaba poco a poco el tema pero también la animación. Era un juego de preguntas y respuestas donde las

preguntas no tenían sentido y las respuestas no existían. Pronto quedaron todos en silencio, mirando los platos vacíos, relucientes de grasa, bruscamente convertidos en objetos horrendos.

Guimar llegó como un personaje nuevo incluido en una comedia para animar un cuarto acto que agoniza. Dejó su impermeable sobre uno de los sillones. Miró hacia todos lados con reprensión; no hubo nadie que no sintiera algo de culpa por las molestias que causábamos al pacífico pueblo y a su pacífico comisario.

—¿Dónde está? —preguntó.

—En el 316. Lo acompaño —dijo Rauach.

Rauach y Guimar se perdieron en la escalera. Kuhn los siguió.

Durante unos diez minutos, los traductores hablamos de Rina Agri. Hablábamos todavía en presente, como si no se hubiera ido del todo, como si estuviera haciendo las valijas, y fuera una falta de tacto condenarla al pasado. Después de todo, había dos platos de más en la mesa, que nadie había tocado. Esperábamos la confirmación del comisario; la noticia de su exclusión definitiva. El mozo se adelantó al dictamen; después de sacar los platos usados, sacó también los otros, y dejó la mesa vacía.

21

Guimar bajó lentamente las escaleras, sin mirarnos, como si no se diera cuenta de que era el centro de atención.

—Dígame, Kuhn, ¿con qué criterio eligió a esta gente? ¿Es un congreso de maníacos depresivos?

—¿Se mató también?

—Esta vez no hay dudas —miró a los invitados, unos dispersos en los sillones, otros sentados en la larga mesa—. ¿Alguien habló con ella hoy?

Nadie había cruzado con ella una sola palabra.

—¿La italiana conocía al otro que murió? ¿Es posible que hayan hecho un pacto suicida?

Ana, con los ojos enrojecidos, respondió:

—No eran amantes, si eso es lo que quiere preguntar. Apenas se conocían.

Guimar nos dio la espalda para hablar con Rauach. Me acerqué a él.

—No sé qué está pasando, comisario, pero si esto es alguna clase de epidemia o de pacto suicida, tengo otro candidato.

Le conté la extraña conducta de Zúñiga.

Guimar le preguntó a Kuhn si había alguna manera de conectar a los tres.

—Vivían en países distintos y tenían carreras muy diferentes, pero coincidían en su interés por el tema de las lenguas míticas. Por eso se reunieron en comisión los tres, el primer día.

—¿Había alguien más?

—No, ellos solos. Se encerraron durante horas.

Rauach fue a buscar a Zúñiga a su cuarto. Volvió a los dos minutos.

—No está ahí. El cuarto está ordenado, como si no hubiera entrado en todo el día.

La puerta del hotel se abrió, dejando entrar una ráfaga helada. Entró Ximena, vestida con un impermeable amarillo que le cubría la cabeza.

—Vi pasar frente a mi casa el auto del comisario. ¿Hubo novedades?

Sacó de su bolsillo el anotador, que no se había salvado de la lluvia; en vez de letras había manchas azules. Le conté lo que había pasado. Se lo dije en voz baja; todos hablábamos en voz baja, como si hubiera alguien a quien temiéramos despertar.

El comisario interrumpió todos los murmullos. Él hablaba a los gritos.

—Rauach, haga traer las linternas que tenga. No me importa la lluvia; todos van a tener que colaborar.

—¿Qué van a hacer afuera? —preguntó Ximena.

—Vamos a buscar a Zúñiga —le dije.

Ximena sacó de su cartera el flash y lo conectó a la máquina. Rauach y el conserje habían aparecido con linternas y pilas. Me acerqué antes que los otros y

encontré una que funcionaba; las demás no parecían en buen estado.

Ana estaba sentada en un sillón, mirando el vacío. No iba a salir, ya estaba afuera y lejos.

No pude evitar —a pesar de la tragedia— un sentimiento de aventura, como si fuéramos boy-scouts en nuestro primer campamento.

La tormenta había perdido violencia; ahora era una lluvia monótona, impersonal, que podía durar siglos. Me cubrí la cabeza con la capucha del montgomery, que se hacía más pesado a medida que caminaba alrededor del hotel. La noche estaba muy oscura, sólo se veían las linternas, cinco o seis, buscando entre los cimientos del otro cuerpo del edificio. La mitad de las linternas fallaba; languidecían, se apagaban de improviso. Vázquez desarmó la suya y se le cayeron las pilas en el barro.

A mi lado apareció Guimar.

—Hay mucha gente acá. Por qué no va a buscar a la playa.

Para encaminarme hacia el banco de algas debí pasar frente a la puerta del hotel. Al verme, Ximena me siguió. Sostenía en las manos la pesada cámara de fotos. Acepté su compañía sin decir nada. Empecé a silbar una canción vieja.

—Prestame la linterna —dijo.

Negué con la cabeza. No iba a desprenderme de mi juguete por nada del mundo.

Cerca del faro la costa daba una vuelta que hacía perder de vista el hotel. Frente a nosotros había un vacío ilimitado. Había empezado a caminar sobre las algas; mis pies se hundían en el lecho esponjoso.

—Se debe haber ahogado. Entró caminando en el agua, hasta que las olas se lo llevaron. Va a aparecer dentro de tres días, boca arriba en la orilla, mordido por los peces, la piel azul, los ojos vacíos.

Ximena hacía más lento su paso, asustada de sus propias palabras. La dejé atrás. No quería compañía. Caminaba por el paisaje remoto de mis miedos; el escenario que está en las aventuras de los viejos libros. Era una playa y la noche y la tormenta, pero también podía ser el desierto, la selva, una isla perdida. El lugar no importaba; importaba avanzar de noche, atraído y con miedo, empuñando una linterna.

Dirigí el haz hacia adelante, hasta que la luz chocó contra el hombre que se hundía.

Cuando me acerqué me di cuenta de que era una falsa impresión: estalla arrodillado, de cara al mar, como si dirigiera a un dios sumergido una súplica muda.

Zúñiga miró indiferente la linterna que lo enceguecía. Tenía algas en la cara, en la cabeza, en las ropas húmedas, como si hubiera avanzado arrastrándose. Un cangrejo deshecho le colgaba sobre la cara. Era un ahogado, un ahogado que podía hablar. No sé si sabía que yo estaba allí y que era real. No sé si me habló a mí o habló solo; pero lo hizo con el tono de quien cuenta un secreto.

—No es un río —dijo. Creí que en su locura se refería al mar—. Ahora lo veo

bien. Es un pantano.

Cayó boca abajo sobre las algas muertas.

CUARTA PARTE

Aqueronte

Luego me dijo: “Él mismo se culpa:
éste es Nemrod, por cuyo mal intento
el mundo no usa ya sólo un lenguaje.
Dejémosle, que hablarle sería en vano;
pues nada entiende él de lengua alguna,
como tampoco a él nadie lo entiende”.

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto XXXI
(Trad. A. BATTISTESSA)

22

Llevaron a Zúñiga a la sala de emergencias de Puerto Esfinge. Era una construcción pintada con cal, en mitad de una cuadra oscura. Una pared sin revocar dividía la sala de espera del consultorio. El comisario y yo nos sentamos a esperar. En una lámina descolorida, una enfermera se llevaba el dedo a la boca para pedir silencio. Le habían pintado barba y bigotes. Un reloj regalado por algún laboratorio marcaba una hora imposible.

La puerta del consultorio estaba abierta; desde mi silla alcanzaba a ver la cara de Zúñiga, cubierta por la máscara de oxígeno. Guimar encendió un cigarrillo. Se oyó la voz áspera del médico.

—Apague eso, comisario. Este hombre está en coma.

—Ya no se puede fumar en ninguna parte.

Abrió la puerta y tiró el cigarrillo al empedrado.

El tubo fluorescente comenzó a parpadear; el médico se subió a un banquito y le dio un golpe, para estabilizarlo. Después terminó su examen y se sacó los guantes de goma. Era un hombre dos o tres años mayor que yo; llevaba con indiferencia un guardapolvo zurcido y manchado. En un costado de la sala había un catre y una manta, y compadecí al médico por las noches de guardia, a la espera de golpes en la puerta, huesos rotos, fiebres repentinas, nacimientos adelantados. Con un ademán de mago nos mostró una moneda.

—La tenía bajo la lengua.

Me miró como esperando una explicación. Me encogí de hombros.

—A lo mejor era un método para dejar de fumar —dijo Guimar—. Yo ya probé de todo.

—Vamos a tener que trasladarlo al hospital provincial. Haga un favor, comisario, llame al hotel: que traigan de nuevo la combi.

—¿Y la ambulancia?

—En el taller mecánico. Ya conoce el chofer que tengo; los domingos a la noche se emborracha y sale a atropellar liebres por la ruta.

Desde el teléfono de la sala de guardia Guimar llamó al hotel. Encontró alguna resistencia, y tuvo que gritar para que lo obedecieran. Quince minutos después apareció la combi. Ayudé a cargar al enfermo y al tubo de oxígeno. El médico apago la luz del consultorio, cerró con llave y se subió a la camioneta. Guimar y yo quedamos parados en medio de la vereda, en la calle oscura.

—Hace años que espero un caso así. Un misterio para resolver. Y ahora que por fin llega, me doy cuenta de que no tengo la menor idea de por dónde seguir.

No tenía ganas de oír confesiones nocturnas de un policía melancólico.

—Voy para el hotel, comisario.

—Espere. Odio a los locos, ¿sabe? Con los delincuentes uno se entiende. Es fácil adivinar sus pensamientos. Pero los locos no, matan y se suicidan, sin ningún motivo. Uno atrapa a un delincuente y siente satisfacción. ¿Pero cree que hay alguna satisfacción en atrapar a un loco?

Guimar encendió un cigarrillo. El silencio era tan profundo que oí con nitidez el fósforo al arder. Desde el fondo de la calle se acercaba un hombre alto.

—¿Qué pasó con Zúñiga? —preguntó Kuhn.

—De paseo —respondió el comisario—. Voy a ir a dormir. Si se le ocurre algo, Kuhn, llámeme a la comisaría. ¿Qué me dijo que estudiaba esta gente?

—La lengua anterior a la torre de Babel. El lenguaje en el que Adán nombró a las cosas. Una lengua perfecta.

—Si tuviéramos que nombrar las cosas una sola vez, si bastara una palabra para aclararlo todo, la vida en este pueblo sería espantosa, todos callados, en el bar, en la peluquería. Aquí nadie habla sin rodeos ni camina en línea recta. ¿Sabe cuál es la única lengua perfecta? La que ayuda a matar el tiempo.

El comisario se alejó a paso lento. Kuhn y yo nos fuimos caminando hacia el hotel.

Hacía frío, pero el viento había desaparecido. Mi pesado montgomery trasmitía la humedad directo a mis huesos. Estornudé.

—¿Creés que será el último? —preguntó Kuhn.

—Depende. ¿Seguro que no había nadie más en esa reunión?

—Seguro. Me acuerdo bien porque me pidieron que fuera una reunión privada. Estaban tratando un tema que todavía no podían dar a conocer.

—¿Serían de alguna secta?

—No. Valner podría ser, pero ni Rina ni Zúñiga eran de ese estilo. No me dijeron cuál era su secreto, pero imagino que se trataba del diccionario de las lenguas míticas que Naum coordina desde hace tiempo.

—¿Qué tiene que ver Naum?

—¿No te lo dijo? Él había planeado esa reunión. Pero como no consiguió pasaje para ese día empezaron sin él.

Habíamos llegado al frente del hotel. La noche verdadera, la noche total en la que todos duermen, había tardado en llegar, pero en compensación era más profunda que otras noches. El otro hotel ejercía su soberanía dejando oír los zumbidos del viento encajonado.

Quise dormir, pero no pude. Daba vueltas en la cama en un combate desparejo entre mi cansancio y mi curiosidad. Sabía que Naum no me diría nada, que inventaría una excusa cualquiera, que no revelaría una palabra sobre la lengua extraña y sobre ese otro idioma, todavía más difícil: el de los hechos. Los hechos, me había dicho

Naum, veinte años atrás, son incompatibles con la verdad.

Golpearon a mi puerta con timidez. Abrí sin preguntar y ahí estaba ella, maravillosamente despeinada.

—No puedo dormir. Tengo miedo.

Agradecí en secreto la existencia del miedo y del insomnio.

—¿Pudo hablar Zúñiga? —preguntó Ana.

—No. Se lo llevaron a un hospital, inconsciente. Cuando despierte, espero estar lejos de aquí.

—¿Estás ansioso por despedirte de mí?

—No sabés cuánto.

Ana se tendió en una de las dos camas del cuarto y se quedó dormida. Sin despertarla le saqué los zapatos, un poco avergonzado del placer que me daba tocarle los pies. La tapé con una de las frazadas y apagué la luz, para no estar obligado a mirarla.

Me lavé la cara. Puse las muñecas bajo el chorro de agua fría. El ruido del agua despertó a Ana. Me miró extrañada, como si no recordara cómo había llegado hasta allí.

Me puse los zapatos. Estaban húmedos. Até lentamente los cordones: quería hacer tiempo, como si me tocara dar un examen sobre un tema del que no sabía nada.

Ana miró el reloj: las cuatro menos veinte.

—¿Adónde vas a esta hora?

—Tengo que buscar algo —dije.

—No me vas a dejar sola. Voy con vos.

—Voy al cuarto 316.

En medio de la noche, en un cuarto cerrado, las ideas más absurdas suenan posibles y sensatas.

—Voy yo también.

—Voy al cuarto 316 —repetí. No sé si quería o no desalentarla.

Ana me siguió por las escaleras a través del hotel dormido. El hall estaba desierto. El sereno debía estar durmiendo en uno de los cuartos de la planta baja. En la mesa del escritorio había una revista de historietas, una de crucigramas y una lata de cerveza vacía. Abrí el cajón del escritorio y encontré tres grandes manojos de llaves, uno por cada piso. Tomé el del tercero.

Subimos por la escalera.

—¿Todavía está ahí? —preguntó Ana.

—No quisieron moverla hasta que llegara el forense. No viene hasta mañana.

—No quiero verla de nuevo.

—Yo entro al baño, vos buscá en la habitación.

—¿Qué vamos a buscar?

—Papeles, cartas, apuntes.

—Se van a dar cuenta de que faltan cosas.

—No te preocupes, después devolvemos todo.

Miré los números dorados escritos en la puerta. Entramos al cuarto, que olía a encierro.

—¿Hay gente en el cuarto de al lado? —me preguntó.

—No, vaciaron todo este sector. Los pasaron al otro pasillo.

Ana fue hacia la cama y empezó a buscar entre la ropa. Había una pequeña valija de cuero abierta donde se veía ropa y un anotador escrito a mano. En la mesa de luz había dos frascos de perfume y un frasco de crema de limpieza. De una silla colgaba un saco verde con un broche en la solapa con forma de escarabajo. Había también un libro abierto —una biografía de Marsilio Ficino, escrita por un inglés— y sobre el

libro un par de anteojos de marco de carey.

A Ana le tocaba el trabajo fácil. Encendí la luz del baño.

La mujer estaba vestida con un camisón azul. El agua casi desbordaba la bañera. La cabeza, echada hacia atrás, dejaba ver el cuello blanco con una cadenita de oro y una medalla. El agua estaba completamente roja. Los brazos permanecían sumergidos, invisibles.

Recordé la conversación que habíamos tenido durante el viaje hacia el hotel. Se notaba que la mujer estaba orgullosa de su trabajo, y que tenía planes. En el aeropuerto había conseguido un mapa de la zona, y yo estaba seguro —aunque no pudiera defender racionalmente mi idea— de que nadie compra un mapa si sabe que va a morir.

Sobre el lavatorio había un cepillo de dientes azul y un tubo de dentífrico. Abrí el botiquín. Adentro había un vaso envuelto en nylon. Saqué la bolsita y me la puse como un guante. Me acerqué al cuerpo mientras trataba de pensar en otra cosa.

Rina Agri tenía la nuca apoyada en el borde de la bañera. La posición obligaba al cuerpo a abrir la boca en una mueca de cansancio. Levanté la lengua y busqué debajo. Alcancé la moneda, pequeña y plateada. Era la tercera.

Mi mano temblaba tanto que dejé caer la moneda en el agua roja. Llegué a ver la cara de algún prócer desconocido, pero nada más. Probablemente era una moneda extranjera.

Me dispuse a recuperarla, pero al tocar el líquido frío tuve conciencia de lo que estaba haciendo. Había leído, en algún autor del círculo de Kabliz, que eran frecuentes en los escaladores los ataques de pánico. Trepaban la montaña con decisión y energía, pero en algún momento, al anochecer, se detenían y miraban hacia abajo y ya no podían seguir, aplastados por el frío y la soledad de la montaña. Algunos emprendían una huida insensata y se mataban en la caída.

La oleada de miedo y asco me arrancó del baño. Me quité el guante improvisado y lo dejé caer al suelo. Habría salido corriendo a los gritos, si Ana no me hubiera agarrado del brazo. Antes de salir, acomodó la habitación. Después me guió por los pasillos del hotel hacia nuestro refugio.

24

Había páginas tipeadas con correcciones en los márgenes y apuntes manuscritos. Ana también había traído de la habitación de Rina un pequeño grabador negro. Me lavé las manos como un maníaco.

—¿Qué buscabas? —me preguntó.

—Una moneda. La tercera.

En un bolsillo del bolso había guardado las otras dos. Se las mostré.

—Rina también tenía una. Alcancé a verla, pero se perdió en el agua.

Ana hizo saltar una de las monedas en el aire.

—¿Dónde estaban? —preguntó.

—En la boca, debajo de la lengua.

Tiró las monedas sobre la cama, como si bruscamente se hubieran convertido en otra cosa. Las palabras moldean la materia en segundos.

Miré de nuevo los papeles, en una búsqueda más minuciosa, y separé una hoja con anotaciones hechas a mano. Antes no habíamos visto que en el dorso había un breve texto escrito en computadora o en una máquina eléctrica. Rina Agri había usado como borrador el revés de una carta.

> Estimada Rina:
>
> No tengo todavía la confirmación del vuelo porque las plazas están llenas; por las dudas reservé para el día siguiente. Si no llego el día de la inauguración, empiecen sin mí.
>
> La saluda
>
> S. Naum (como dice V., su hermano en la lengua de Aqueronte)

Naum había firmado la carta con una S gigantesca.

—Monedas en la boca de los muertos. ¿A qué te recuerda? —pregunté.

Mi mente comenzaba a conectar palabras en una frase que todavía no alcanzaba el orden ni el sentido.

—La paga de Caronte —respondió Ana—. Los deudos ponían en la boca del cadáver una moneda: es el precio del pasaje.

—Para cruzar el Aqueronte. ¿Qué explicación le va a dar a esto Naum? Como dice Valner, su hermano en la lengua de Aqueronte.

Recordé las láminas de un libro sobre mitología griega que me habían regalado cuando tenía diez años. El libro tenía tapas amarillas y la tipografía de la inicial de cada página imitaba a las letras griegas. En las páginas dedicadas al Hades había una imagen de Caronte dibujada por algún aficionado. Caronte era jorobado, vestía andrajos, y empujaba la barca con un largo remo. Sobre el río flotaba una neblina gris

que impedía ver qué había del otro lado. En el fondo de la barca estaba el pasajero, pálido y desnudo, los pies colgando fuera de la borda. Un texto, al pie de la imagen, decía que el Aqueronte separaba el mundo de los muertos del de los vivos. Otros ríos menores le daban a la zona la apariencia de un pantano.

No es un río, es un pantano. Un pantano es un río que no se termina nunca de cruzar.

—¿Por qué eligieron monedas fuera de circulación? —preguntó Ana.

—Necesitaban un símbolo, supongo; y sólo las cosas inútiles sirven para eso.

Miré los papeles de Rina: su letra, diminuta y clara, parecía ajena a toda idea de muerte. La mayoría de las páginas eran material para una conferencia. En un margen había calcado una moneda, apoyándola sobre el papel y pasando un lápiz sobre la superficie.

Monedas bajo la lengua de los muertos. El señor de los reinos inferiores era también el guardián de las riquezas.

Ana rebobinó la cinta. Esperábamos el mensaje que lo aclarara todo, la voz que hablara del pacto, la locura compartida, la mitología encarnada.

«El trabajo del traductor está hecho de vacilaciones, igual que el trabajo del escritor. El escritor también traduce y duda y quiere encontrar el término preciso que corresponde a la idea; también sabe, como el traductor, que es su propia lengua la que se convierte en inmanejable jerga extranjera. El escritor se traduce a sí mismo como si fuera otro, el traductor escribe al otro como si fuera él mismo.»

Ana adelantó la cinta. Lenguas que se cruzan en Pound, en el *Finnegan's Wake,* en las salas de espera de los aeropuertos, en los bares de las universidades, en las pesadillas de los traductores. Adelantó un poco más; en la noche profunda, el zumbido del grabador era también una voz que se burlaba de nosotros.

Y Rina siguió hablando, pero ahora la interrumpía lo otro, la forma oscura del idioma desconocido. Se había resignado a dejar el español y trataba de hablar en italiano, pero la lengua la empujaba fuera del tablero donde regían las leyes conocidas. La otra lengua —la lengua del Aqueronte— se la tragaba en un remolino. ¿Qué historia contaba esa otra lengua? ¿Cuál era el sentido del idioma sin sentido? Había en ese rumor una música formada por la total ausencia de música que sugería un sentido formado por la ausencia de sentido.

Supe que estábamos cerca de la verdad. Sentí miedo y asco y resignación.

Pensé en el momento de hacer el bolso, saludar a todos, e irme para siempre de allí.

Hablé sin voz:

—Es hora de empezar a traducir.

25

—Voy a devolver los papeles —dije—. Menos éste. Y el grabador.

Guardé la carta en el bolsillo.

—Mejor si voy solo esta vez.

—¿Estás seguro?

—Esperame acá.

Caminaba tratando de no hacer ruido, pero mi imaginación amplificaba el ruido de mis pasos. Me entretuve imaginando posibles explicaciones por si alguien me encontraba abriendo la puerta de la habitación.

Abrí silenciosamente la puerta del cuarto 316. Antes de que tanteara el interruptor, la luz del velador se encendió. Di un grito apagado.

Era Naum. Tenía un pulóver puesto del revés, como si se hubiera vestido en la oscuridad. Nos miramos sin decir nada. Habíamos sido amigos. Nos conocíamos bien. Si nos odiábamos, nadie podía decir que se tratara de un malentendido.

—¿Qué buscabas? —preguntó.

Actuaba con autoridad, como el dueño de casa.

—Un nombre, y encontré el tuyo.

Abrí la valija que había sobre la cama y dejé los papeles adentro. Naum los sacó y los hojeó. Una vez inspeccionados, los puso en el mismo lugar.

—¿Ana sabe algo?

Me encogí de hombros.

—Ana compra y tira cosas todo el tiempo —dijo Naum. Se sentó en la cama echando el cuerpo hacia atrás. Cerró los ojos un segundo y pensé que se había quedado dormido—. Las mudanzas la acostumbraron a no conservar casi nada. Pero tiene una caja de zapatos con las cosas que no se resigna a tirar. En esa caja hay una foto tuya. Estás escribiendo a máquina; atrás hay una ventana.

Recordaba la foto. Odié a Naum porque me conocía bien, porque sabía que yo investigaba menos para develar un enigma reciente, que para cancelar una vieja deuda. Quería que yo creyera que había sido único e insustituible a los ojos de Ana. Naum sabía como sobornarme. Pero mi capacidad de fe se había gastado con los años, y una foto en una caja de zapatos no alcanzaba para comprarme.

—¿Para qué entraste? ¿Qué buscabas?

—No quiero que nadie sepa que conocía a esa gente. Si piensan que se trata de una secta, y que hubo un pacto suicida pueden demorarnos aquí durante meses con trámites idiotas.

—A mí no me van a demorar. No es mi nombre el que aparece en el papel.

—¿Qué papel?

—Una carta.

—¿Cómo es esa carta?

—Dice: empiecen sin mí, que a lo mejor llego más tarde.

—¿Y qué tiene eso de comprometedor?

—Era mentira que no hubiera plazas en los vuelos de Buenos Aires. Estoy seguro de que viajaste en un avión con la mitad de los asientos vacíos.

Naum se recostó en la cama. Parecía dispuesto a quedarse en el cuarto todo el resto de la noche, como si la gerencia del hotel le hubiera asignado sorpresivamente esa habitación.

—Voy a cerrar la puerta con llave cuando me vaya —dije.

Se levantó.

—El silencio, a cambio de la verdad —dijo.

No respondí. Cerré la puerta y me alejé por el pasillo para devolver la llave.

Cuando volví a mi habitación, Ana no estaba.

26

Kuhn estaba muy solicitado a la mañana; todo el mundo quería saber cuándo nos dejarían salir. Las demandas de los invitados lo arrancaban de su tristeza por la suerte del congreso y lo devolvían a su rol organizador, aunque se tratara ahora de organizar el fin. Kuhn anunciaba que estaba haciendo tratativas para que el juez autorizara, en primer término, la partida de los extranjeros; hablaba de tal modo, que uno creía que enviaba emisarios con mensajes urgentes.

Encontré a Ximena en el bar, tomando un jugo de naranja. Escribía de tanto en tanto alguna palabra en su libreta. Le pregunté si había sabido algo de Zúñiga.

—Llamé esta mañana al hospital. Seguía inconsciente, en terapia intensiva. Dicen que se va a salvar.

Me senté frente a ella.

—¿Molesto?

—No, tomaba apuntes, nada más. Tengo que mandar la nota dentro de un rato.

—¿Apuntes de qué?

—Esta mañana sacaron el cuerpo. Y mientras tanto, usted dormía. No serviría para periodista.

—No, afortunadamente no.

Pedí un café con leche con medialunas.

—Trabajá nomás. No te preocupes por mí. Nunca hablo a la mañana.

—Es casi mediodía.

Comí con apetito las medialunas, mientras la miraba trabajar.

Me pareció que Ximena estaba ansiosa por que la interrumpiera, así que la interrumpí.

—¿Van a mandar a alguien más del diario?

—No, me van a dejar a mí. Me dicen que trabajé muy bien hasta ahora. Lástima que ya se termina.

Había dos muertos, otro en coma y era una lástima que se terminara. Envidié su impunidad para decir las cosas.

Llegó Ana y puso una mano en mi hombro. Ximena no levantó la vista del papel.

—Naum quiere que hablemos.

—¿Ahora?

—Ahora.

—¿Dónde está?

—Arriba.

Ana se apartó y fue a hablar con Kuhn. Yo terminé mi café con leche.

—¿Es importante?

—No. Tenemos que hablar sobre una traducción.

Ximena estaba tan ansiosa de noticias, que lamenté que se perdiera la verdadera información.

Ana me vio junto a la escalera y me siguió. Subimos hasta el tercer piso. Me detuve.

—¿Nos espera en su cuarto?

—No, arriba de todo.

Seguimos hasta el quinto piso, que estaba desierto. Miré de reojo el cuarto donde se había refugiado Miguel; habían sacado las velas del piso. A través de la terraza llegamos al natatorio. Naum estaba sentado sobre una pila de ladrillos huecos, al lado de la pileta.

—Hablemos ahora y nunca más. Yo les digo la verdad; a cambio, destruirán los papeles donde está mi nombre.

—Me parece justo —dije—. ¿Ana?

—También a mí.

—¿Los papeles dónde están?

Saqué la carta de mi bolsillo.

—Había esto solamente.

—¿Seguro? —miró a Ana—. ¿Seguro Ana que era solamente eso?

—¿Por qué confiás en ella más que en mí?

—Le es más difícil mentirme.

Pensé que hasta podía tener razón.

Naum nos miró y nos creyó. Todos creíamos en todos. Era una reunión de viejos amigos.

Naum empezó a hablar.

27

—Hace cinco años publiqué *El sello de Hermes*; en los meses siguientes recibí más cartas de las que me habían llegado en toda mi vida. Estudiosos, locos que aún buscaban la piedra filosofal, un sacerdote portugués que aseguraba tener inéditos de Paracelso. Una de estas cartas era de un estudiante griego que vivía en París. Quería verme personalmente. Nunca cito a nadie en persona, pero él firmaba: Andreas Savidis, su hermano en la lengua del Aqueronte.

»Yo había oído mencionar al pasar la lengua del Aqueronte mientras estudiaba la biografía de Marsilio Ficino para rastrear la difusión del hermetismo en Occidente. En 1460 Cosme de Médicis le había confiado a Ficino la traducción de varios manuscritos de Platón y de Plotino. Poco después compró otros dos manuscritos que hicieron cambiar el plan de trabajo original. Uno era el *Corpus hermeticum*; el otro sólo aparece mencionado en una carta del traductor. Marsilio Ficino se lamentaba de que pese a estar escrito en letras griegas, este otro manuscrito era incomprensible. Al principio pensó en un código secreto, intentó encontrar alguna regla pero se desanimó muy pronto. Cosme quería el *Corpus hermeticum* antes de morir y apuró a Ficino para que se lo entregara. Marsilio terminó la traducción en 1463, un año antes de la muerte de Cosme. De la suerte del otro manuscrito nada se sabe.

—¿Qué es la lengua del Aqueronte?

—Siempre pensé que era una superstición que había estado dando vueltas en la cabeza de los historiadores de la religión, un mito académico de cuya existencia no existía otra prueba que la carta de Marsilio Ficino. Se supone que es la lengua de los infiernos. Los que creían en el mito decían que Dante había conocido la lengua y que por eso incluyó en el *Infierno* dos líneas incomprensibles, que no corresponden a ningún idioma conocido. En el octavo círculo están los derrochadores y los avaros, custodiados por el dios de la riqueza y guardián de los infiernos, Pluto. El dios recibe a Dante y a Virgilio con estas palabras: Pape Satan, Pape Satan, Aleppe. Más adelante, en el canto XXXI del *Infierno*, Dante encuentra a Nemrod, el rey que quiso levantar una torre en Babel. Nemrod, condenado a no entender a nadie y a que nadie lo entienda, pronuncia otras palabras incomprensibles: Raphel may amech zabi almi. Durante siglos, los intérpretes investigaron para tratar de dar una explicación a las dos líneas enigmáticas. La persistencia del misterio, ayudó a que sobreviviera la leyenda de la lengua del Aqueronte.

»Cuando me encontré con el estudiante griego, me dijo que esa lengua la había recibido por trasmisión directa de un viejo profesor, poco antes de morir. Una de las tradiciones indica que el que sabe la lengua puede conquistar a la muerte, siempre que la guarde para sí mismo y se resista a hablarla. El estudiante griego me dijo que el hombre que se la había trasmitido tenía más años de los que yo podía imaginar.

—¿Volviste a verlo?

—Varias veces. Era un estudiante sin una formación sólida, pero inteligente y apasionado. Yo no creía en el supuesto poder de la lengua, pero sí llegué a creer en su existencia. Si llegaba a encontrar la gramática y el vocabulario de esa lengua mítica, podía convertirse en el trabajo de mi vida. Conseguí una beca para Andreas, y a cambio le pedí que se callara la boca. Su promesa no sirvió de nada. Era muy joven y no sabía que el mundo académico es más peligroso que el de los espías. En el mundo de los espías existen algunos agentes dobles; en el académico, todos los agentes son dobles. A través de una revista de estudios clásicos alertó a otros que buscaban la lengua hace años: Rina Agri, y Valner, y Zúñiga y otros más que no vinieron. Hacía tiempo que seguían la pista de la lengua, pero ninguno de ellos tuvo ni un solo dato concreto, hasta que apareció Andreas, para entregar su secreto a todos.

»Quise encerrarlo en bibliotecas, que siguiera la huella de la lengua en manuscritos todavía no traducidos, pero su entusiasmo lo desbordó. Salió a probarla en los hospitales; me dijo que los moribundos hablaban con facilidad, que retenían las palabras sin esfuerzo y que morían con el idioma desconocido en los labios. La última noche que lo vi vino a mi departamento, serían las tres de la mañana. Llovía, estaba empapado pero parecía no darse cuenta. Le pregunté qué había estado haciendo toda la noche. Caminé, me dijo, como dudando, como si no supiera exactamente qué significaba el verbo caminar. Había hecho apuntes de la lengua, que después aprendí. Hay que hablarla con una moneda en la boca y cerca del agua, dijo Andreas. Es entonces cuando empiezan las visiones. La lengua es un virus. La lengua cuenta una única historia. La lengua del Aqueronte es una invitación a cruzar el río. Si uno se resiste a hablarla, si uno la domina, el secreto se revela.

»Sabía que Andreas tomaba antidepresivos; atribuí a esas drogas su estado. Pensaba que era una primitiva lengua artificial, formada a partir del griego a través de permutaciones, cuya regla desconocía. Imaginé una lengua capaz de actuar como un alucinógeno. ¿No son las drogas alteraciones o correcciones al idioma secreto que habla el cerebro? La lengua del Aqueronte también. Pero hacía algo más que corregir; corregía hasta llegar al punto de la traducción final.

—¿Qué le pasó al estudiante? —pregunté.

—Andreas era asmático. Murió dos días después de la visita a mi departamento, de una sobredosis de broncodilatador. Tenía una moneda bajo la lengua. Lo descubrieron porque había tapado la rejilla del lavatorio con papeles para que el agua inundara el departamento. Andreas creía que la posesión de la lengua lo haría vivir eternamente. Por eso se arriesgó. Según la tradición, después de cierto punto, no es uno el que habla la lengua; es la lengua que habla a través de uno.

—¿Sabían Rina y Valner que morirían al poner la lengua en funcionamiento? ¿Se lo habías advertido? —pregunté.

Naum se levantó. En el suelo del natatorio había algunos ladrillos huecos, distribuidos sin ningún orden. Ahora los miraba con atención, como los puntos verdes en los que se había concentrado antes de su conferencia.

—Acordamos reunirnos y hablar por primera vez en la lengua del Aqueronte. ¿Cómo íbamos a creer en una lengua capaz de matar? Todavía no puedo creerlo…

—Pero sabías lo que le había pasado a Andreas. ¿Les contaste?

—Nunca hablamos de eso.

—Citaste a todos y llegaste un día después para recoger los resultados del experimento.

Naum se rió. Miró a Ana, como si fuera un juez.

—No le creas. Nunca me perdonó —no dijo qué era lo que yo no le había perdonado—. Sigue perdido en el tiempo. También él habla una lengua muerta.

—No hubo ningún problema con el avión. Hiciste un experimento y el resultado fue mejor de lo que esperabas. ¿Cuándo va a salir el libro que cuente la historia?

—Te dije lo que sé. No me vas a acusar de asesinato por llegar un día tarde. Ahora quiero ese papel.

Saqué la hoja.

—Decile la verdad a Ana. Sólo a ella, eso me basta.

Estuve a punto de creer que Naum diría la verdad, y Naum estuvo a punto de decir la línea que le faltaba a la verdad. Pero eso no ocurrió. Saltó hacia mí, impulsivo pero torpe, la vista clavada en el papel. Lo recibí con un cabezazo en el mentón. Embistió de nuevo, sin fuerza. Lo golpeé en la boca del estómago. Se dobló en dos y cayó sobre el piso sucio y húmedo.

Ana se arrodilló junto a él.

—La carta —pidió Naum con un hilo de voz.

—La verdad —dije.

—La carta —pidió también Ana. Yo quería que ella supiera la verdad, pero no le importaba saber la verdad.

Hice un bollo con la carta y la tiré a los pies de Naum. Se incorporó para recogerla. Volvió a sentarse en la pila de ladrillos.

Le hablé a Ana.

—Te va a contar toda la historia con detalle. Y te va a invitar a escribir con él un nuevo libro. Y habrá muchas traducciones, y lo único que importa decir no será dicho.

Naum había sacado un encendedor del bolsillo y prendió fuego a la carta. Los tres miramos arder el papel. Cuando no quedaron más que cenizas de mi única prueba contra Naum, me fui.

28

A la tarde, después de almorzar y caminar un poco, entré en mi habitación y sentí olor a cigarrillo. Durante un instante creí que me había equivocado de cuarto.

Un hombre, sentado en la cama, leía mis papeles a la luz del velador.

—¿Qué está haciendo aquí, comisario?

Guimar me miró molesto por la interrupción.

—Mi trabajo. No se preocupe, no encontré nada comprometedor.

—¿Qué buscaba?

—Como anduvo visitando cuartos ajenos, pensé que quizás se había llevado algo del 316.

—No sé de quién es el cuarto 316.

—Lo vieron dando vueltas por el hotel. Lo vieron cuando dejó las llaves. ¿Qué estaba buscando, exactamente?

Me senté en la cama. Guimar sabía.

—Una explicación.

—¿Encontró algo?

—No. Mire usted mismo los papeles que dejó Rina Agri. Verá que no hay modo de explicar nada.

Guimar se puso el sobretodo que había dejado sobre la cama.

—Discúlpeme por el olor a cigarrillo. No puedo parar. No se saque la campera, vamos a salir juntos. Yo le voy a contar una historia y usted otra.

Guimar levantó el cenicero del hotel, que había llenado de colillas, y lo vació en el baño.

—¿Adónde vamos? —pregunté, inquieto.

—Tengo que pasar por la comisaría. No se preocupe, no está arrestado.

Khun se alarmó al verme bajar con el comisario.

—¿Adónde vas, Miguel?

—Necesito que alguien firme unos papeles. Me lo llevo al señor De Blast como testigo —respondió Guimar sin detenerse. Hice a Kuhn un gesto de resignación y seguí al comisario.

Afuera esperaba un Fiat 1500 abollado.

—Tengo que usar mi auto particular hasta para asuntos oficiales. El patrullero siempre está en el taller. Si no son las bujías es el eje o la batería. ¿Conoce de mecánica?

—No sé manejar.

—Acá no se puede vivir sin saber manejar. Pero los autos no dan más que problemas. Éste no es tan viejo y a menudo me deja a pie.

Calculé que el auto tenía veinte años. El comisario encendió la radio. El locutor

dio algunas noticias locales —una muestra de pintura, un accidente en la ruta— y después habló del congreso sobre traducción. Dijo que iba dar paso a una conexión con una corresponsal en el hotel. Reconocí la voz de Ximena.

—Esta chica saca fotos, escribe, habla por radio.

—Es la única periodista que tenemos —dijo el comisario—. El padre es ingeniero, hace años que se fue del pueblo. Las dejó a ella y a la madre solas.

El auto siguió por el camino de la costa y después giró a la izquierda, para entrar al pueblo. El comisario redujo la velocidad al cruzar un semáforo en rojo.

—Hay que tener cuidado con el tránsito, aunque sea un pueblo tranquilo —se disculpó.

Detuvo el Fiat frente a la comisaría. No había nadie de custodia. En un cuartito, junto a un busto de San Martín, un suboficial dormitaba. Guimar golpeó con fuerza la puerta para despertarlo y siguió de largo.

Subimos una escalera angosta hasta una oficina que ocupaba un gran escritorio. A los costados había archivos de metal. Sobre el escritorio, una máquina de escribir.

—¿Para qué me trajo, comisario?

Sin responder, Guimar se sentó detrás del escritorio y abrió con una llavecita un cajón. Sacó una nueve milímetros, que dejó sobre el escritorio, y una carpeta anaranjada. En la carátula leí, en letras apuradas: Hotel del Faro.

—Llegué hace cinco años a este pueblo. Me dijeron que nunca pasaba nada, que nunca había pasado nada, pero yo me di cuenta de que la diferencia entre que no pase nada y que pasen muchas cosas es una cuestión de observación. Me encontré con un archivo vacío, que fui llenando con mis propios informes, que yo redacto y que están dirigidos a mí. Desde que llegué empecé a llenar el archivo; apenas me senté compré cinta nueva para la máquina y me puse a escribir. Una carpeta para cada tema. En ese archivo está toda la historia del pueblo y nadie lo sabe. Se lo cuento a usted, porque es de afuera y porque quiero que me entienda. Déle una mirada a esta carpeta.

Abrí. Hablaba de la compra del terreno del hotel, la composición del antiguo directorio, los antecedentes de un arquitecto. Leí: VIOLACIONES AL CÓDIGO DE CONSTRUCCIÓN.

—Cuando detecto un delito lo escribo en mayúsculas; eso es todo lo que puedo definir como mi estilo literario. Delitos en mayúsculas. Tengo anotado todo. A veces me sirve para presionar a la gente, pero es mucho más que eso. No quiero que nada de lo que pase quede fuera de mi archivo. No me importa que a veces no pueda actuar, que tenga las manos atadas. No sé si puedo hacer justicia y no sé si me interesa hacer justicia, pero quiero que todo quede por escrito. Ahora hable; agregaré una nueva hoja a esta carpeta. Hable, o sus días en Puerto Esfinge se van a prolongar.

Supongo que lo espera mucho trabajo en Buenos Aires.

—No va a creer mi historia.

—Ya veremos. Empiece. Demuestre convicción, como si nadie en el mundo pudiera dudar de su palabra.

Hablé, titubeando, de la lengua del Aqueronte. Hablé de Valner y de Rina y de Zúñiga, pero no mencioné a Naum. En mi relato, las muertes provenían sólo del mal que dormía en un lenguaje; era una fatalidad sin culpables. Guimar me oyó sin interrumpirme, a pesar de que yo hacía pausas esperando su interrupción; a veces, cuando sentía que cruzaba una zona peligrosa, hablaba más rápido, tratando de evitar una interrupción que imaginaba próxima. No sé por qué protegí a Naum; quedaba quizás algún vestigio de una lealtad perdida, o no quería que en nuestra vieja historia se cruzaran extraños.

Guimar no dijo nada sobre lo que acababa de oír. Sacó una carpeta naranja y escribió en la portada *Lengua del Aqueronte*.

—¿Está bien escrito?

Le dije que sí.

Después guardó el arma en el saco, cerró el cajón y me ordenó que lo siguiera.

29

Empezaba a oscurecer. Caminamos por una calle desierta.

—Usted me contó su historia. Ahora me toca a mí.

Dije que estaba cansado, que quería volver al hotel.

—Diez minutos, nada más. Necesito un testigo, ya le dije.

Llegamos hasta el frente del museo municipal. Guimar golpeó la puerta. Como no abrieron, insistió hasta que asomó la cara de un hombre de pelo gris. Me pareció que era un viejo; me di cuenta después de que era apenas mayor que yo.

—Comisario…

—Queremos pasar.

—¿Quién es él?

—Lo traigo en calidad de testigo.

—¿Testigo de qué?

—De que si no abrís la puerta la voy a tirar.

El hombre sacó la cadena.

—Lugo es el cuidador del museo, aunque no hay mucho que cuidar.

El hombre encendió las luces. Sobre nuestra cabeza colgaba un maxilar de ballena. En las vitrinas había pájaros embalsamados, vasijas, instrumentos marinos, huesos de animales. Vi en la pared una foto del faro, de medio siglo atrás.

—Tengo sueño, comisario —dijo Lugo.

—Te creo. Mucha vida nocturna.

—Me levanto temprano.

—Antes del amanecer.

El comisario miró todos los rincones de las dos salas y después se encaminó hacia un pasillo. El otro se le cruzó en el camino.

—¿Qué busca?

El comisario lo apartó con fuerza y continuó hacia el fondo. El otro no lo siguió. Guimar abrió una puerta, después otra, y entró en la última.

—¿Usted quién es? —me preguntó.

—Un traductor —respondí.

El comisario volvió con una maza de mango de madera, envuelta en una lona sucia. Lugo miraba la escena ajeno, como si el asunto no le incumbiera.

—¿Con esto mataste a los animales?

—Hace tiempo dejé de cazar.

Guimar blandió la maza sobre la cabeza de Lugo. La dejó suspendida, simulando que le costaba sostenerla. El guardián del museo se pegó contra la pared.

—Cuando me di cuenta de que eras vos, pensé: Lugo se volvió loco. Sale a matar lobos marinos a la noche. Pero después oí a los bomberos hablar de epidemia, y todos

en el pueblo empezaron a hablar de epidemia, como si se hubieran recibido de biólogos marinos. Una rara epidemia la que deja los cráneos destrozados. ¿Cuánto te pagaron?

—Doscientos —dijo el hombre. Estaba orgulloso de la cifra.

—¿Trigo y Diels? ¿Nuestros dos bomberos? ¿Y para qué?

—No me dijeron para qué. Me pagaron, nada más. Con dos es suficiente, me dijeron, tres es mejor.

—Te esmeraste y ni siquiera sabés por qué.

—No me interesa. El trabajo terminó. Le juro que terminó.

—No entiendo a los hombres sin curiosidad —el comisario levantó la maza—. Me llevo el arma del crimen y no quiero verte cerca de la playa. Pensándolo bien, no quiero verte en ninguna parte. ¿Hay noticias de que vayan a reabrir el museo?

Lugo negó con la cabeza.

—El director dice que no hay fondos. Primero hay que arreglar los techos y los caños rotos…

El comisario le dio la espalda.

—Otro día hacemos una visita guiada, traductor.

Aliviado, fui hacia la puerta. Lugo cerró rápido, antes de que el comisario tuviera tiempo de arrepentirse.

Empecé a caminar hacia la costa. Temía que el comisario tuviera otros planes, que su itinerario no hubiera terminado. Pero me siguió sin proponer desvíos.

—¿No lo va a arrestar?

—No, es un pobre infeliz.

—¿Para qué les sirve a los bomberos que mate animales?

—Donde termina Esfinge, hay un par de calles que son territorio liberado. Garitos donde se juega a la ruleta y a las cartas y ranchos donde tres o cuatro mujeres entradas en años reciben a camioneros y a obreros del puerto. Hace diez días, uno murió en una pelea o en un ajuste de cuentas; el dueño de uno de los tugurios, borracho, tiró el cuerpo al agua cerca de la costa. Cuando se emborrachan, olvidan que no hay que tirar cuerpos cerca de la costa: vuelven. Este hombre les pidió a los bomberos que se encargaran del asunto. Cuando el muerto volvió, los bomberos se llevaron el bulto envuelto en una lona y lo enterraron lejos. Antes, mientras esperaban el regreso, inventaron lo de la epidemia para distraer: así ya no importaba que los vieran. Lo hicieron hace cinco años, antes de que yo llegara, y les salió bien. Probaron de nuevo.

Hacía frío, y de la boca de Guimar salía vapor. Llegamos hasta el camino que bordea la costa.

—¿Cree que ya terminó? —me preguntó.

—¿Los lobos marinos?

—Los suicidas.

—Sí. No hay nadie más que conozca la lengua, salvo Zúñiga, y está aislado.

Guimar me tendió la mano. La despedida me alivió.

—Mañana se van. El juez ya lo autorizó. Al juez no le importa nada lo que pasa acá, en Esfinge. Lo único que quiere es ahorrarse la molestia del viaje.

El comisario se alejó. Oí su voz mientras caminaba, no sé si cantaba o si hablaba solo.

30

Cuando entré al hotel, el conserje quitaba de una cartelera las informaciones del congreso para reemplazarlas por los coloridos folletos de un encuentro de ejecutivos petroleros. Kuhn miraba la labor como si asistiera a una ceremonia de despojo.

No me preguntó por el comisario. Estaba perdido en sus pensamientos.

—Había planeado publicar las actas del congreso y no voy a poder —dijo.

—¿Por qué no?

—La mitad de las actividades se suspendieron. Pasamos el tiempo hablando de los muertos. Casi no se habló de traducción.

—Al contrario —dije—. Todo lo que ocurrió tiene que ver con la traducción.

No preguntó nada. No quería explicaciones.

—Mañana a la mañana salimos, en tres grupos —dijo—. Recién llamó el comisario para avisar que el juez firmó la autorización.

Los traductores ya habían cenado. Tomaban café y se intercambiaban direcciones. Convencí al encargado del bar de que me sirvieran una sopa de verduras. Mientras preparaban la comida, subí a mi cuarto para dejar el montgomery. Llamé a Elena para decir que volvía, pero no estaba, o estaba durmiendo y dejé un mensaje breve en el contestador.

Cuando salí de mi habitación para bajar a comer, vi a Ana en el fondo del pasillo. La seguí, tratando de no hacer ruido. Subió un piso por la escalera del fondo.

—¿Vas a ver a Naum? —mi voz la sobresaltó.

—Sí.

—Dejalo. No importa lo que haya prometido.

—No me prometió nada.

—Te está mintiendo.

—No. Una sola vez me mintió y nunca va a volver a hacerlo. Fue hace diez años. Me convenció de que me fuera con él.

Tarde, muy tarde, me llegaba una respuesta que no había pedido.

—Después me dejó sola, en una ciudad que no conocía. No me atreví a volver.

—Ésa es una razón para odiarlo, no para ir a su cuarto.

—Naum y yo hablamos el mismo idioma. Y es algo que nadie más puede entender.

Ana me besó en la mejilla.

—Mañana no te vayas sin despedirte —pidió, y entró al cuarto 340. El cuarto de Naum.

Comí solo, pensando en un libro futuro, que se llamaría *La lengua del Aqueronte,*

y que Ana y Naum firmarían juntos. Contaba los orígenes del mito, las huellas que había dejado a lo largo de la historia; la última parte del libro narraba los hechos ocurridos en un punto remoto del sur, en un hotel a medio construir. Dejaba adivinar, en una imprevista efusión autobiográfica, que los autores habían restaurado en esos días difíciles un romance antiguo que los había devuelto a la juventud. Recordaban a los mártires caídos en nombre de la lengua, pero no mencionaban el malentendido que los había tragado, ni al culpable de ese malentendido. Había una lista de agradecimientos, y en ella estaba mi nombre.

Ximena entró al hotel sin cámara en la mano y sin ningún anotador o grabador a la vista.

—Me acaban de llamar de la radio para avisarme que mañana se van. Vine a despedirme.

No dijo si había venido a despedirse sólo de mí o de todo el mundo. La invité a caminar, a pesar del frío; le hablé de su futuro, le di consejos sobre temas que ignoraba por completo y la llevé a mi habitación. Para huir del dolor, elegí la mentira.

Cuando desperté, estaba solo. Ximena no había dejado ni siquiera una nota. Debía haberse ido antes del amanecer, para que nadie la viera. Desde mi ventana, alcancé a distinguir el primer grupo que se iba en la combi blanca. Hubiera querido saludar a Vázquez; le hice señas desde mi ventana, pero no me vio.

Hice con calma el equipaje. No era mi hora todavía.

Cuando bajé a desayunar, Kuhn me dijo:

—Siempre tarde. Igual te llevás un recuerdo de Puerto Esfinge.

Me dio un faro de cerámica que guardé en el bolsillo del montgomery. Pensé en deshacerme de él apenas tuviera la oportunidad. Debí hacerlo de inmediato; si se dejan pasar unas horas, uno se encariña con las cosas.

—¿Tenés todo listo? Salen en media hora.

—¿No venís con nosotros?

—Me quedo unos días más. Hay trámites que hacer.

No dijo qué clase de trámites. Los imaginé.

Ana bajó con un bolso. Estaba pálida y parecía no haber dormido en días. Vino hacia mí, pero no me saludó; empezó a hablarme como si continuáramos una conversación recién interrumpida.

—¿Y si alguien oyera esa lengua en sueños?

—Preguntale a Naum —dije sin mirarla.

No quería saber nada más de la lengua del Aqueronte, ni de Naum, ni siquiera de Ana.

—¿Y si alguien oyera una grabación en sueños? ¿Si alguien dormido le respondiera a una grabación?

Recordé el pequeño grabador, la voz de Rina hablando como una sonámbula. Imaginé la escena, precisa como una alucinación: Ana despertando en medio de la noche para ejecutar la otra historia, la que mis celos no habían podido concebir. Le pregunté por qué, y no dijo nada, y con su silencio dejó que yo eligiera los motivos. Que haya sido por nosotros, pensé.

Desperté de mi envidia, de mis celos, de mi hartazgo.

—¿Dónde está?

Ana movió la cabeza. Pregunté en la conserjería: lo habían visto salir un rato antes.

Corrí por el manto de algas muertas. Miré hacia un lado y a otro: había un hombre, lejos. Al acercarme me di cuenta de que no era Naum y cambié de dirección. Fui hacia el faro. Empecé a tener frío, y ese frío era un mensaje que no quería descifrar. La lengua del Aqueronte seguía hablando. La lengua del Aqueronte contaba la única historia que podía contar.

Abrí la puerta del faro; olí la humedad, cuerdas y lonas que se pudrían, el encierro. Durante un segundo tuve la ilusión de que no había nadie. A mis pies cayó una moneda y miré hacia arriba.

Tres metros sobre mi cabeza estaba Naum, colgado de la cuerda gastada. La única traducción posible había llegado a su fin.

Villa Gesell, enero 1997
Buenos Aires, agosto de 1997



PABLO DE SANTIS nació en Buenos Aires en 1963. Ha sido guionista y jefe de redacción de la revista argentina *Fierro* y ha trabajado como guionista y escritor de textos para programas de televisión. Su primera novela *El palacio de la noche* apareció en 1987 a la que le siguieron *Desde el ojo del pez*, *La sombra del dinosaurio*, *Pesadilla para hackers*, *El último espía*, *Lucas Lenz y el Museo del Universo*, *Enciclopedia en la hoguera*, *Las plantas carnívoras* y *Páginas mezcladas*, obras en su mayoría destinadas a adolescentes.

Su novela *El enigma de París* fue ganadora del Premio Iberoamericano Planeta-Casa de América de Narrativa 2007.